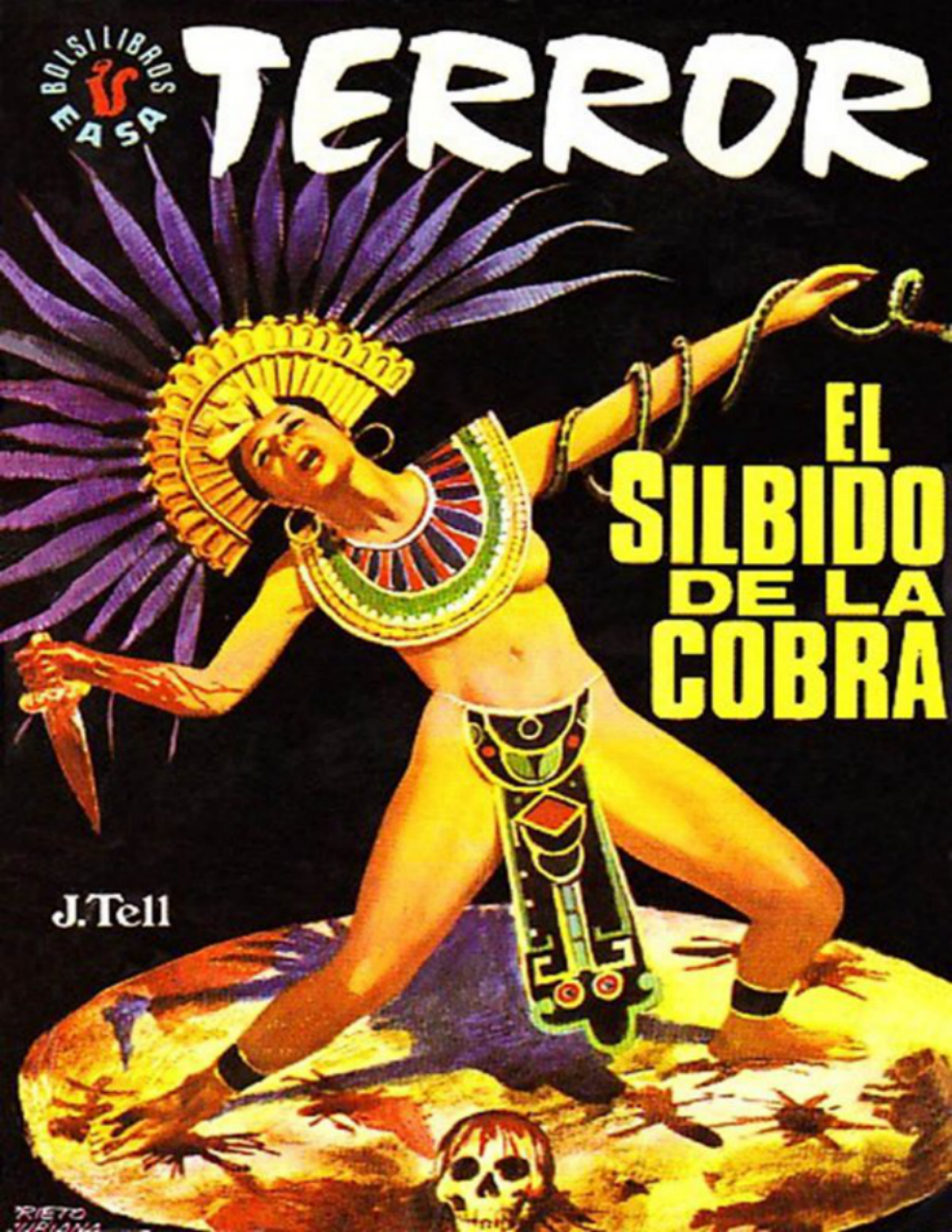


BOISLIBROS
EASA

TERROR

EL SILBIDO DE LA COBRA

J. Tell



RIETO
MEXICANA

EL SILBIDO DE LA COBRA

Título Original: *El Silbido De LA Cobra*

©1976, Tell, J.

©1976, Editorial Andina, S.A.

Colección: Terror 57

ISBN: 9788406005744

Generado con: QualityEbook v0.76

CAPÍTULO 01

LA alta, delgada bailarina, comenzó a ondular, a moverse como si su cuerpo poderoso, ágil, hubiese adquirido, de repente, la propiedad de contracción de los ofidios. Sus largos brazos, elevados por encima de su cabeza, se retorcían en giros que recordaban los de las venenosas cobras cuando el faquir las obliga a danzar al son de su flauta.

En el centro del improvisado escenario, una tarima elevada un par de pies sobre el nivel de la sala, aparecía una mesa en forma de pirámide truncada, hecha de gruesas maderas y cubierta con un mantel blanco en cuyos bordes colgantes se habían pintado cabezas de jaguar, de mono y de serpiente en negro y rojo.

Y en la gruesa cortina, de color carmesí, que formaba el fondo y que cegaba una amplia ventana sobre un patio, destacaba una imagen extraña, monstruosa, una enorme culebra a medio desenrollar, sustentando su parte superior una cabeza de espantoso ídolo, con tres ojos colocados a la altura normal, pero rasgados los de los extremos y redondo el del centro, una triple boca también de la que escapaban lenguas, bífidas las de los lados y de felino la de en medio, y un tricorne.

De los costados de la anillada y escamosa cinta salían unas alas múltiples, coloreadas en toda la gama del espectro, y hasta seis zarpas repartidas simétricamente. Era un bordado y estampado muy bien realizado, que, combinado con los candelabros que alumbraban, causaba un efecto impresionante. Para un entendido en religiones antiguas resultaría una mezcla de la diosa india Kali, del dios maya Kulkulkán y del siniestro Huitzilopochtli, el pájaro mosca de los aztecas, al que dedicaban sacrificios humanos.

Y, por supuesto, con adherencias de Satanismo, de Vudú y de otras seudorreligiones, como el Umbanda o la Alquimia. La oficiante iba desnuda hasta la cintura, con solo unas cintas a modo de sujetador. Y un corto faldellín. En su rostro de rasgos exóticos se acentuaban éstos con una pintura roja, azul, blanca y amarilla, que le configuraba una máscara diabólica.

De unas cestas situadas por delante del altar surgieron los viscosos husos de unos reptiles, los clásicos "cascabeles", que se movieron como las volutas corporeizadas de unos braseros.

infernales. De las gargantas de los asistentes brotó un sordo murmullo. Que se repitió al aparecer una nueva figura, la de un Sacerdote, especie de "chachalmeca", con la cara embadurnada de negro y una línea blanca en los labios, los largos cabellos ceñidos por una correa, agitándose como un penacho. Y tocado con una túnica blanca adornada con iguales representaciones que en los otros objetos.

El baile se mantuvo un par de minutos más. Unos cuantos servidores, que se deslizaban silenciosamente por los pasillos en penumbra del espacio ocupado por los espectadores, penduleaban unos incensarios y cargaban el ambiente con aromas excitantes. En los planos globos oculares, los labios abultados, carnosos, y las narices ganchudas se marcaba un rictus de ansiedad, de tensión.

Creció hasta el frenesí al entrar en el lugar de la consagración de jóvenes que se tapaban con unas transparentes vestiduras blancas, revelando sus puras líneas bajo ellas.

Caminaban como en trance y fueron a situarse a izquierda y derecha del «techeatk» o estrado. La bailarina trazó una última pirueta y se colocó, junto con el Chamán o Mago, tras el ara.

Unos tambores del tipo rada sonaron entonces. La sacerdotisa inició un nuevo baile y su compañero prorrumpió en un alucinante discurso al tiempo que gesticulaba y conjuraba a los espíritus suspendidos en la atmósfera. La joven se tumbó sobre la tabla preparada al efecto y el joven, que se despojó de su ropa, se situó arrodillado.

Un rugido estremeció todo el teatro y las pupilas se dilataron al máximo y las manos se cerraron convulsivamente. Lenta, insensiblemente los torsos se balancearon siguiendo el ritmo de los tam-tam y las bocas se entreabrieron, rezumando salivilla.

El Sacerdote azotó con unas varillas de fresno a los dos iniciados y las vueltas y contorsiones de la Sacerdotisa se hicieron más rápidas. Un fenómeno de ilusionismo se produjo a continuación. La silueta de la deidad varió de posición, semejó que cobraba vida y que podía precipitarse dentro del recinto. Sus alas vibraron como las del ave que imitaban y las patas subieron y bajaron al tiempo que el espantoso morro daba vueltas.

Coincidió con aquello la unión de las víctimas. Dos de los casi fantasmales ayudantes pasaron a primer término transportando una singular pieza de joyería. Era una copia de la que se animaba en el telón de la parte de atrás, pero fabricada a base de lo que parecían piedras preciosas, y en posición de reposo, enroscada y con las plumas plegadas.

Las terribles pupilas eran dos rubíes y una esmeralda, perlas los dientes en su triple hilera, y ópalos, topacios, granates y crisoberilos, amatistas y diamantes que se repartían por todo el conjunto. De ser

auténticas valdría una enorme fortuna.

La dejaron al borde de la plataforma mirando hacia la nave que contenía a los meros figurantes. Los bellos adolescentes alcanzaban su plenitud y el Sacerdote alzó por encima de sus organismos, sacudidos de espasmos, un afilado cuchillo de obsidiana. La deforme hendidura de su boca pronunció palabras en un idioma desconocido. Luego, con brutal ferocidad clavó el arma atravesando los pechos de los abrazados jóvenes.

Gritos, llantos, rugidos y pataleos conmocionaron el aire. De las últimas filas se levantaron varios de los presentes y se dirigieron con apresuramiento hacia la salida. Sus aspectos diferían de los del resto, no poseían aquella identificación racial, y sus trajes eran también de mejor calidad.

En el exterior les esperaban los grises tramoyistas que les señalaron hacia otra puerta. Vacilaron, pero terminaron por acceder y entraron en una habitación más reducida, con una larga mesa de basto pino en medio y sillas de la misma madera alrededor. Fueron ocupándolas con los semblantes pálidos, todavía desorbitados los ojos, como si fueran a escuchar su sentencia de muerte.

A poco se presentaron el Sacerdote, en cuya túnica se apreciaban manchas de sangre, y la Sacerdotisa. Los esbirros se situaron en distintos puntos con las espaldas apoyadas en la pared, vigilando a todos los reunidos.

CAPÍTULO 02

LA atmósfera del local era casi irrespirable por el humo de los cigarrillos y cigarros que fumaba la clientela. A través de la neblina se distinguían las formas un tanto irrealmente, en un caldo grisáceo rojizo que las lámparas con pantalla de color naranja trataban de atravesar.

Eran cerca de doscientas personas las que se aglomeraban aquella tarde en el tugurio de Madmuh "Buey", en una calleja a espaldas de la Osgood, y predominaba el elemento sureño, mejicanos y de algunos otros países de la América Central y de más abajo.

En un rincón, una preciosidad rubia, que desentonaba en el ambiente como un caimán en una iglesia metodista, se afanaba por emerger de la nube sonrosada del mal "whisky" y hacerle frente a dos tipos que la abordaban con las intenciones de un barco pirata a un galeón español en la época dorada de los Morgan y Lafayette.

El gordo, con un rostro que era el mapa accidentado de un planeta del vicio, se inclinaba sobre ella.

—Vamos, dulzura; este sitio es muy aburrido. Cerca de aquí hay una timba donde podríamos pasarlo "pipa". ¿Verdad, *Curly*?

El tal *Curly*, nombre que le venía de contar con un cabello corto y ensortijado sobre un cráneo de simio aullador, movió la cabeza en señal de asentimiento.

—¡Anda que no! —fue su alarde de elocuencia.

—Y otras cosas, dulzura —volvió a la carga el gordo—. Te llenarás de asombro cuando descubras lo que existe en este mundo además de los cuentos de "papá" y "mamá". ¿No, *Curly*?

—¡Y cómo!

La hermosa rubia se esforzaba en fijar su vista en los pegajosos invitadores, pero se notaba que el licor ingerido sobrepasaba en mucho su línea de flotación y sus grandes, azules ojos, rodaban erráticos bajo los párpados entornados.

—¡Vamos! Nosotros seremos tu escolta —propuso el del tórax como un tonel y la cogió por un brazo tratando de levantarla.

Le paralizó el raspante sonido de una voz fría, lenta, que sugería el chirrido de una lima cortando un pedazo de hierro.

—Despacio, gordinflón.

El aludido se volvió un poco y clavó sus ojuelos grises, duros y sin expresión, como clavos gastados de unas botas, en el intruso. Un hombre alto, delgado, con una larga cara huesuda, en la que se abrían bajo la prominente frente unos intensamente negros ojos, con un fulgor malévolo que sugería algún trastorno mental o, por lo menos, una anormal visión de los seres y las cosas.

Un caricaturista lo hubiera reproducido como un gran paraguas enrollado y con el remate del mango en forma de cabeza de ave rapaz, necrófaga.

—¿Quién le da velas en este entierro, estornino? Ella es amiga nuestra.

—Ni una rata sarnosa sería amiga tuya, tripón.

El objeto de la discusión quiso levantarse entonces y se sujetó al borde de la mesa a la que dio tal meneo que un vaso se volcó y rodó por el suelo. El desconocido dio un paso al frente, la agarró por un hombro y la despidió a un lado con la fuerza suficiente para que recorriese un trecho y se cayera para atrás lo que le dio ocasión de mostrar un par de magníficas piernas.

Los galanteadores se aprestaron a la lucha. El conciso *Curly* se había echado hacia adelante y deslizaba su mano izquierda, señal de que era zurdo, en el bolsillo trasero de su mugriento pantalón azul.

Recibió un tremendo puñetazo que le cogió de través la barbilla afilada y cubierta de duros cañones de pelos rubiascos, volviéndosela con un chasquido estremecedor. Y, con el mismo impulso, hundió el otro puño en la barriga del compañero que bufó, los remaches de los ojos parecieron salirse, y se venció sobre la mesa, vomitando.

Hubo seguidamente un momento de suspensión en las charlas, y en los ruidos de dados, vasos y botellas. Madmuh alzó su pesada cabezota tras el mostrador y la alarma asomó a sus bovinas pupilas. Algunos camaradas de los que acababan de ser golpeados se movilizaron en dirección al punto aquel.

Pero se detuvieron como envueltos en una ola fría y viscosa cuando el raro atacante se aproximó a los caídos y los pateó con furia en los costados. Luego, sin transición, cogió una de las mesas, la levantó con una facilidad asombrosa, y la arrojó sobre el grupo más cercano.

Después, ayudó a incorporarse a la dorada doncella y la empujó hacia la salida. La traspasó en pocos segundos y guio a la tambaleante presa hacia un coche, junto al que esperaba un enano, de unos tres pies de estatura, rasgos de malayo y, pese a su tamaño, una extraordinaria apariencia de fortaleza, como un Hércules a escala reducida.

—Acomódala ahí dentro, Tai —ordenó el alto.

—Sí, Charly. ¡Por el dedo siempre tieso de Buda, si se la menea un poco se derrama!

—Mejor así. No causará molestias.

La mujer se durmió pesadamente dentro del automóvil. Tai se sentó a su lado, vigilándola y Charly se puso al volante.

—Conviene que nos alejemos rápidamente de aquí —rezongó—. Es posible que acuda la policía y, de todas formas, los de ese garito pueden querer jaleo.

Bajaron por el distrito comercial hacia el Puerto. En una travesía de Davis se detuvieron frente a un viejo caserón con garaje en un costado. Se metió el Nash allí y, no sin trabajo, entre Tai y él transportaron a la dama hasta el piso primero.

Depositaron su carga en un diván. Charly se la quedó mirando con su sonrisa de lobo hambriento. La falda la tenía enrollada por encima de las rodillas y lucía el comienzo de los redondos, tersos muslos. Se apreciaba que tuvo sobrealimentación en su infancia.

—Tai —reclamó la atención de su ayudante—, quiero que este monumento de la buena vida me invite a una fiesta que se va a celebrar en su casa con motivo de su cumpleaños. Agénciatelas para que puedas ir tú también.

—Me meteré dentro de un pastel y saldré en el momento de los postres. Eso se usa mucho ahora en las grandes ceremonias.

Charly se dobló ligeramente para examinar con mayor atención a su soberbia huésped. Y comprobó que, no obstante su embriaguez que no era fingida, se mantenía consciente y alerta. Para asegurarse, colocó tranquilamente su mano izquierda sobre sus piernas.

Inmediatamente ella se sentó, con los grandes ojos azules abiertos al máximo. Pero debió recibir un latigazo en las sienes del encolerizado dios del alcohol porque se las sujetó con los dedos y compuso un gesto de insufrible padecimiento.

—¿Qué..., qué me ha ocurrido? —balbuceó—. ¿Por qué estoy aquí?

—Tranquílcese; se halla entre amigos.

—Pero usted...

Se ruborizó y su mirada fue hacia su anatomía expuesta. Corrigió el desarreglo de la ropa.

—¡Oh, eso! Fue únicamente para que se reanimara. La mujer se considera siempre sacerdotisa y guardiana de su cuerpo, que considera como un templo, y vive pendiente de que no lo profanen los intrusos...

La rubia lo estuvo observando con atención. Pero su mente aún no estaba limpia de los vapores espirituosos y, por otra parte, no debería centrarlo bien en su agenda de personalidades.

—Realmente yo... Aquellos hombres..., apenas si me acuerdo de su aspecto...

—Es mejor así, porque es difícil que vuelvan a tener su fisonomía habitual en mucho tiempo.

—Estoy segura de que sus intenciones no eran buenas. Le agradezco...

Con un gesto de la mano, displicente y enérgico a la vez, Charly la cortó.

—Olvídese de eso. Yo, en el caso de ellos, también la habría invitado a jugar a los "matrimonios". Pero lo que me gustaría saber, nena, era lo que tenía que hacer en ese antro la hija del armador Walter Pratter.

El tono sonrosado se acentuó en las mejillas de la joven. Pese a lo cual levantó la cabeza con altivez.

—Divertirme. ¿Acaso no tengo derecho?

—Claro, claro. Más de no presentarme yo, ¿hubiera terminado por ir a conocer esas cosas de que no hablan "papá" ni "mamá"?

El enano malayo se había retirado discretamente, aunque cabía el que estuviera escuchando desde detrás de cualquier mueble. Charly se colocó en el diván, al lado de la mujer, que recogía las piernas bajo el cuerpo, y cuyas oscuras pupilas reflejaban una cierta ansiedad temerosa.

—Vamos, Susan, no se haga la inocente corderita conmigo.

—No..., no le entiendo.

—Entonces se lo voy a explicar —se acercó más hacía ella. Y cambió brutalmente de entonación—. Tú nunca has estado tan mareada como aparentabas. Y no era la primera vez que ibas a ese sitio.

Con la mueca que dejaba ver sus agudos colmillos y como si fuera lo más natural del mundo, deslizó su mano izquierda por debajo de las rodillas de Susan y le apretó las corvas con fruición. Ella aguantó esta vez sin retirarse.

—¿Y por qué piensa eso? ¿Cree que me encontraba allí buscando..., esto que hace?

—¿Y por qué no? Mi opinión, cordera, es que esperabas encontrarte allí con alguien, con un tipo extraño, de frente de pájaro y nariz ganchuda, con el que andas estos días de "negocio".

—¿Y por qué representó entonces el papel de San Jorge?

Charly se echó a reír. Y sus carcajadas sugerían la visión de grandes tiras de piel arrancadas de cuerpos vivos. Susan se fijó en la decoración de aquella habitación y tuvo un repeluzno. Porque igual podía ser la tienda de antigüedades de un maníaco de lo terrorífico o el Museo del Conde Drácula.

Vitrinas con puntas de flechas, hachas, cuchillos y mazas de pieles rojas y yataganes, alfanjes, dagas, puñales y cadenas y otros utensilios de lucha y tortura. Máscaras polinesias, cabezas reducidas del Caribe, instrumentos de la Edad Media como el potro, la rueda, los borceguíes y las jaulas, así como toda clase de látigos. Y por encima de las mesas, en repisas y estanterías, figuras de ídolos, Shivas danzantes, Budas, los dioses de las religiones centroamericanas y los del África negra, mezclados con los asirios, persas y egipcios.

El dueño de aquel baratillo se puso en pie dominando desde sus seis pies y dos pulgadas a la rubia.

—Estoy interesado, muy interesado en ese convenio. Y quiero saber exactamente de qué se trata.

Captó el *adensamiento* del azul en los iris de la mujer y un restablecimiento del matiz blanco de porcelana en su tez.

—No sé de qué habla.

—¿Acaso no te han hablado de una joya de incalculable valor que se conoce como "La Serpiente con las Alas de Fuego"... , que alguien ha traído a esta ciudad?

La palidez que substituyó al color natural de Susan era una elocuente respuesta. Pero aunque sus labios temblaron y sus manos se alzaron en la dirección de él, enseguida un gesto de renuncia se extendió por sus bellas facciones. Y hundió la cabeza sobre el pecho. Charly ocupó el sitio a su lado de nuevo.

—Escucha; ¿por qué no confías en mí? Estoy seguro de que te amenaza algún peligro. Nadie que se haya puesto en relación con esa maldita reliquia ha salido del asunto sin perder algún trozo de carne y de piel.

—¿De veras podría fiarme? No me parece una persona capaz de respetar a...

—¿Y no es ésa la mejor garantía?

Ella le posó la mirada sobre el delgado, torturante rostro. Y lo estuvo calibrando, reconociéndolo con un cierto gesto de perversidad. Charly creyó interpretar correctamente aquella inspección ocular. Y le cayó encima como un halcón sobre un perrito de las praderas.

—No..., no —suplicó Susan y se retorció, pero en forma que más se acoplaba a sus caricias—. No...

Sin embargo, algo debió cruzar por su mente o se despertó en su centro sensible, ya que dio un tirón más fuerte y se apartó.

—¡Basta ya! —emitió con un raro acento—. ¡Déjeme en paz!

El la observó con asombro. Luego, se encogió de hombros.

—Como quieras, cordera. ¿Qué hay cerca de esa pieza, "La Serpiente con Alas de Fuego"?

—¡Jamás he oído ese nombre! Me temo que se ha confundido,

señor...

—Charleston "Dumpy" Ravenscraft, pero me llaman Charly, aunque quizá me tendrían que dar el nombre de "Cuervo Astuto". Lo de "Dumpy" se debe a que era muy gordito en mi niñez.

—Pues le agradeceré que me deje marchar. Ya me encuentro suficientemente repuesta.

—Eso creo.

La ayudó a levantarse. Se tambaleó un poco, pero terminó por asentarse firmemente sobre el suelo. Y se encaró con su protector.

—No me crea desagradecida. De veras que no sé nada de esa "Serpiente con Alas de Fuego".

—Es posible. De todas formas, cuenta con mi ayuda. Oye; ¿no das una fiesta en tu casa de Russian Hill dentro de dos días? Tendría interés en asistir.

Se notó la vacilación de Susan. Estuvo un rato observándole con una lucecita indecisa en sus pupilas. Pero terminó por asentir con un movimiento de cabeza.

—Está bien. No sé por qué querrá ir, pero le enviaré una invitación.

Se dirigió hacia la puerta. Esta se abrió aparentemente por si sola. Susan dudó un instante, pero luego la atravesó y se alejó por el pasillo. Tai asomó entonces y dedicó a su jefe y compañero un guiño expresivo.

—La mujer y la serpiente nunca se han llevado bien —fue su comentario.

—Tú lo has dicho, enano patituerto. ¡Vamos, sigámosla! Estoy seguro de que ese asqueroso reptil nos ha estado vigilando.

Corrió hacia el exterior y Tai le siguió con un trote de perro pachón. Susan llegaba ya a la puerta de la calle. Y justo al atravesarla y quedar iluminada por el globo de la fachada cayó a su lado una figura ondulante, sinuosa, que se puso inmediatamente en movimiento. Susan dio un grito y saltó a un lado.

Charly atravesó el zaguán de un formidable salto y tomó tierra justamente encima del repugnante animal, aplastándole la cabeza. Se revolvió acto seguido y examinó todo el contorno, pero sin distinguir a nadie. La calleja estaba completamente solitaria.

Con un encogimiento de hombros se acercó a la joven. Susan temblaba y sus ojos expresaban un enorme terror. Sus labios se movían pero sin dejar escapar sonido alguno.

—Imagino que después de esto ya no tendrás otro remedio que confesarte conmigo —dijo Charly—. A menos que pienses que las serpientes llueven de lo alto como en la plaga de Egipto.

—Fueron ranas y sapos —puntualizó Tai.

Pero Susan no parecía oírlos. Su temblor aumentó, se hizo casi paroxístico y se apartó del lado de ellos.

—Tú..., tú...

Giró con rapidez sobre sus bien torneadas piernas y se alejó a la mayor velocidad que le permitían la falda y los zapatos, desapareciendo en la esquina próxima.

—Seguro que ha creído que somos nosotros los del "regalo" — opinó el enano.

—Sí. ¿Porque quién ha dejado caer a esta serpiente..., que por cierto es completamente inofensiva? Ella solo nos ha visto a nosotros.

—Que no somos los más adecuados para ilustrar una tarjeta de Navidad.

Charly elevó sus ojos hacia lo alto, a la terraza del edificio.

Y tuvo la fulgurante impresión de una cabeza que se ocultaba. Podía ser aquello; mejor dicho, tendría que serlo por fuerza.

CAPÍTULO 03

EXTERIORMENTE la casa de Miem-Mam ("Pájaro Amarillo de Dulce Canto" en cantonés), en St. Mary's Square, no ofrecía una gran diferencia con los otros caserones de sórdida arquitectura que rodeaban aquel lugar. Por dentro, escaleras estrechas que conducían a largos pasillos en los que se abrían innúmeras puertas.

Que reservaban sorpresas. Como, por ejemplo, la de que, en realidad, no fueran las verdaderas. En el caso de la vivienda que Charly iba a visitar, tras la primera, sucia, cochambrosa, se presentaba una de maciza teca labrada, con un dragón rojo sobre fondo oscuro.

Le abrió un paisano de Confucio y pasó a un recibidor con una alfombra tan gruesa que las ratas se hubieran creído en plena selva virgen. En un lado colgaba un gong de bronce y en otros rincones se mostraban pebeteros y jarrones.

Hubo de cambiar varias veces de dirección antes de penetrar en el salón donde el dueño de la casa, y su socio, solían recibirle, porque todo hijo del ex-Celeste Imperio que se respetase evitaba que los huecos quedasen en línea recta.

Sin embargo, en aquella ocasión el servidor que le franqueó la entrada le hizo una seña y lo guió hacia el fondo de la casa, a otra puerta, ésta de pesado roble y con unas barras de hierro para afianzarla. Allí se encontraba el Laboratorio.

En un par de ocasiones el aventurero "Dumpy" penetró en aquel recinto celosamente guardado de la curiosidad de los extraños. Y siempre le causó el efecto de una inquietante mezcla de cueva de bruja y de moderno taller científico.

Retortas, alambiques, matraces, bombonas donde hervían fantásticos líquidos verdes o rojos, y cables, tableros de mando y complicados aparatos de los que brotaban chispas y arcos luminosos. De allí habían salido ciertos inventos que facilitaron su tarea a Charly.

Diversos compatriotas de Miem-Mam, hombres y mujeres, trabajaban en las mesas y frente a los diversos instrumentos y utensilios. Justamente una de aquellas personas, una hermosa y alta joven, embutida en una bata blanca, le salió al paso.

—Mi padre tuvo que salir, Charly —su tono sugería un ronroneo de gata satisfecha.

—Lo siento, Sou-Pei; traía un informe importante para él.

—Puedes transmitírmelo; ya sabes que mi padre deposita su confianza en mí.

Más que eso. Charly hubiera jurado que ella era el verdadero cerebro, la inspiradora de las decisiones de Miem-Mam. La estudió con sus negros ojos destellando su faz bella e inteligente, donde tras unos rasgos finos se insinuaban unas líneas voluntariosas, cargadas de sensual vitalidad. Algunos signos delataban que por sus venas corría sangre impura, de alguna de las razas perdidas entre las montañas del sur de su país.

La boca grande, de gruesos labios pero perfectamente dibujados, la redonda barbilla adelantada. Y el cuerpo lleno, rotundo, pero elástico y flexible a la vez.

—Me parece bien, Sou. Sólo que pienso que sería mejor que pasáramos a un sitio más reservado. Quizá...

Su sonrisa denunciaba lo que estaba pensando. Ella no se inmutó. Sonrió también levemente y sacudió la gran cabeza.

—¿Jamás has sentido respeto por nada, verdad, Charly? "Ni palacios ni templos son sagrados para ti —citó al poeta Lin Po—, sean de piedra o de carne". ¿No te da un poco de miedo desafiar así a lo que representan esos símbolos?

—El miedo que se les tiene es lo que los hace fuertes, Sou. Cuando los mismos hombres que ayudaron a levantarlos se decidan a su destrucción descubrirán que no encierran nada. A lo sumo, imágenes huecas, polvo y ratas. Eso por lo que se refiere a los de piedra. En cuanto a los de carne...

—¿Qué?

Lo desafiaba. Y Charly sabía por qué. Sabía muy bien la clase de relaciones que sostenía con su padre y hasta qué grado el astuto Miem-Mam lo tenía cogido con aquel negocio de las joyas y objetos de arte que entraban en Estados Unidos a través de San Francisco y por las familias de refugiados de los países asiáticos principalmente, y también del resto de América. Charleston "Dumpy" Ravenscraft era su agente, un tipo duro, sin escrúpulos.

El chino conocía —y poseía un "dossier" completo sobre ello— todas y cada una de las fechorías que había llevado a cabo a lo largo de sus treinta y tres años, una lista tan larga que, con el papel empleado en su confección, se hubiera podido envolver y embalar la estatua de la Libertad para exportarla a los últimos reductos del mundo.

—Si es una mujer, y una mujer hermosa como tú, respetarla es tanto como ofenderla. Si de verdad ella desea que no la consideren conforme a su sexo tendría que transformarse y eliminar sus atributos. Pero no creo que ese sea tu caso.

Porque Sou-Pei se erguía frente a él con un gesto de orgullosa afirmación de su femineidad.

—Está bien, Charly —decidió—; tú ganas. Vayamos a otra parte.

Lo condujo a un saloncito decorado en azul. Y donde, entre los clásicos adornos orientales, estatuillas, braseros y mesitas, destacaba una concesión a la comodidad occidental, un gran sofá cubierto de cojines.

Sou-Pei se encaró con el agente y socio de su padre.

—Charly, antes que nada vamos a aclarar una cosa —se expresó con su hondo, pastoso acento—. No voy a negar que, en algunos momentos, me atraen tu descarado y audacia. Incluso es posible que esa táctica del asalto por sorpresa te de buen resultado con...

—¡Al cuerno con esa retahíla de frases! Escucha, Sou: yo no soy audaz ni descarado, sino que me comporto como la vida misma, que es como un río petrificado que corre aunque nosotros estemos parados sobre él. La tierra gira bajo nuestros pies y marcha por el espacio a velocidades tremendas. Nuestro organismo se renueva también a un ritmo parecido y cada segundo que transcurre cambia nuestra posición y ya no somos los mismos. ¿Qué valor encierra entonces aquello que no se hace o se reserva para un instante en el futuro..., que puede no llegar?

Mientras hablaba se había juntado a ella y la rozaba con todos sus duros salientes, empujándola hacia el amplio, acogedor asiento.

—Pero eso es..., eso es... —quiso defenderse ella.

—Atiende, estúpida; la castidad vale menos en el recuerdo que la caída de un diente de leche. Pero la feria que inaugura es permanente.

Consiguió arrastrarla al mueble. Charly partía del supuesto de que las mujeres padecen como un "shock" frente a la agresión del macho, similar al que experimentan las presas que capturan las rapaces. Y eso porque en su subconsciente aceptan que están destinadas a ese papel.

Y que es mejor arrepentirse de hechos que no de malos pensamientos. Lo que hace, además, obliga a modificar cualquier proyecto. Así que, con seguridad, sin pausa, se aplicó a desabotonarle la bata. Y atacó de inmediato aquel baluarte.

Se interrumpió la escena en el momento preciso por la impetuosa entrada de Miem-Mam, a quien seguían dos mocetones provistos de unas porras.

—¡Suéltala, maldito! —chilló el mandarían trasplantado a Frisco—. Debería hacer que te golpeasen hasta convertirte los huesos en gelatina.

Charly le contempló con su insufrible sonrisa de cínica perversión. Entre sus brazos se tronchaba la turbadora anatomía de Sou-Pei, revuelta, avergonzada y, pese a todo, feliz. La soltó y cayó

sobre el sofá.

—¿Así que estabas escuchando detrás de la puerta, eh? —gruñó—. Bonito oficio.

Miem-Mam, que había perdido su compostura, se rehízo. Y hasta se permitió una débil mueca de humor. Era un compatriota de Mao alto y fuerte, con una cara de belleza casi femenina pero adecuada a representar el papel del espíritu maligno en un teatro de su país.

—Está bien, Charly —manifestó—. Reconozco que he tenido el justo castigo. No se puede dejar sueltos a los buitres dentro de casa y conservar la porcelana intacta —citó a Confucio—. Y tú eres un pajaraco de esos, torpe y dañino en tierra, que sólo adquiere alguna grandeza cuando remonta el vuelo.

—¡Y una bota podrida de primer plano! —arrojó porquería sobre el verso su socio—. Si alguien puede compararse a un buitre eres tú, comedor de arroz revuelto con tripas sucias. ¿O acaso no conoces la leyenda de Occidente sobre la íntima relación que tiene el acumular tesoros con el devorar carroña?

El chino le contempló fijamente durante unos segundos. Y movió su cabeza con pesadumbre.

—No me extraña nada que eso haya surgido en Occidente —remachó—. Pero dejémonos de juegos de palabras, Charly. ¿Qué pasa con esa joya, la "Serpiente con Alas de Fuego"?

Charly recompuso su actitud con rapidez. Sou había arreglado entre tanto los desperfectos de su ropa y recobrando su dominio.

—Algo raro pasa ahí, Miem-Mam —informó—. Es cierto que un individuo de ese grupo de "cabezas de huevo" se puso en contacto con Susan Pratter y le habló de ella y de que deseaba negociar su venta. Pero la chica está aterrada y con razón. Me la llevé a casa para interrogarla, pero no soltó prenda y al mencionarle a la reliquia fue como si le hubiera revelado que tenía la peste. Para colmo, al marcharse, "alguien" le dejó caer sobre la cabeza una culebra de dos metros de larga.

—¿Y qué deduces de todo eso?

—Pues que esa Susan no es una aficionada a coleccionar joyas antiguas, sino que su interés es por otro motivo. Y me huelo que esa extraordinaria pieza de museo está siendo utilizada con otros fines.

—¿Cuáles?

—No lo sé aún, pero lo que sí es seguro es que se mueven a su alrededor una serie de fanáticos capaces de gastar bromas pesadas. A mi no me gusta nada esta operación. ¿Por qué no renunciemos a esa joya?

Pero Miem-Mam alteró sus facciones hasta representar la máscara de la pasión más insufrible.

—¡Eso nunca, Charly! Renunciaría a cualquier otra, pero no a esa "Serpiente con Alas de Fuego". Es una obra de arte única, aparte de su valor material que es enorme. En realidad no sé cómo ha aparecido ahora, pues su pista se perdió hace casi un siglo. Representa a un culto de una rama de los toltecas, que tuvo escasa vigencia y que fue totalmente extinguido con el triunfo de los aztecas, aunque, siguiendo su costumbre, le reservaron un altar en su "teocalli", el gran templo donde instalaban a todos los dioses de los vencidos. Tonataclalz se llamaba o la llamaban, y le sacrificaban animales y, luego, esclavos y prisioneros.

—¡Vaya! Pues todo eso está muy bien, pero, aunque no sea gitano, no me gustan las serpientes. Y menos, los personajes que andan por los tejados.

—Tendrás toda la ayuda necesaria. Pero quiero esa joya, Charly; sin ella, nada de cuanto hago estará justificado.

Charly lo examinó con cierto estupor. No entendía al chino ni aquel afán por las antigüedades, el reunir objetos del pasado. A él le gustaban también, sólo que como ilustración de una constante de la Humanidad: su extraña bestial, tendente a la crueldad y la destrucción. Por ello coleccionaba instrumentos de tortura o sus resultados.

Se encogió de hombros. Tales enigmas no acuciaban sus meninges.

—Está bien, Miem-Mam. Iré a la fiesta de esa Susan y procuraré enterarme de lo que se cuece en esas colonias de americanos estos días. Los "cabezas de huevo" están muy agitados.

—Sí. Es posible que si saben la reaparición de la diosa Tonataclalz crean que se avecinan acontecimientos importantes para los restos desperdigados de su pueblo.

El aventurero no quiso hacer audible lo que pensaba acerca de aquello. Pero estaba seguro de que los descendientes de los aztecas y mayas lo único que sacarían de la reaparición del feo ídolo sería una nueva explotación y humillación en sus ya tristes vidas.

Y se ausentó no sin dirigir una ardiente mirada sobre la escultural Sou-Pei, quien se encogió y ruborizó como si de nuevo se le hubiera echado encima.

CAPÍTULO 04

LA fiesta estaba en su momento culminante cuando Susan se separó del grupo de invitados con el que se encontraba y se internó en el jardín. Tomó con decisión un estrecho paso entre frondosos castaños como si fuese a un sitio convenido.

Al pasar bajo los discretos focos, distribuidos de trecho en trecho, entre la arboleda, su esbelta silueta se destacaba con gracia ondulante, armoniosa. Tras ella, separado por una línea de arbustos, Charly no la perdía de vista, a la vez que sorteaba los bancos de piedra situados en el camino. Y se detuvo al comprobar que Susan penetraba en una plazoleta donde se alzaba una fuente con una Diana cazadora en su centro.

La rubia miraba a su alrededor, expectante. Un hombre de andares simiescos surgió de entre los troncos más próximos y se le acercó. El resplandor de una de las luces iluminó sus facciones. Frente deprimida, nariz larga y de gruesa punta curvada, labios hinchados y ojos almendrados con una curiosa inclinación. Vestía un traje blanco, arrugado y sucio.

A causa de la distancia no se escuchaba lo que hablaban. Charly se deslizó unos pasos más, hasta agazaparse tras un macizo de boj. Entonces le llegó el acento vehemente y desesperado de Susan, que retorció entre las manos un pañuelito.

—¡Tiene que cortar de una vez este asunto! Podría costarle muy caro. ¡Y no quiero que venga más a esta casa!

El individuo sujetó por una muñeca a la joven y le aproximó su fea carátula a la suya adorable.

—Escuche, muñeca —pronunció con un acento estropajoso—. Deje de hacerse la reina. Si quiere esas fotos y el documento, tendrá que pagar lo que le he dicho.

—Está bien. Será esa cantidad. ¡Pero deje a mi padre en paz!

Una sonrisa chulesca distendió los groseros rasgos de aquel tipo. Soltándose de un tirón, Susan echó a correr hacia la casa. Disimulado entre las sombras, Charly observaba al individuo que, lentamente, con la tranquilidad de quien acaba de conseguir una victoria, encendió un cigarro para tomar después el mismo camino que la joven.

El socio de Miem-Mam fue igualmente tras los dos. Penetró en la

sala principal de aquella lujosa mansión donde fulguraba una monumental araña en el centro del techo y otras luces sobre espejos en las paredes. Como quiera que Susan estaba reintegrada a un grupo y charlaba animadamente con algunos jovencuelos, Charly decidió que merecía la pena de gozar del espectáculo y, si podía, cobrarse su tajada.

Trató de descubrir al enano Tai, pero no lo consiguió. El maldito era capaz de despistarse bajo los aspectos y formas más inesperados, incluso de muebles. Deambuló por entre los asistentes y procuró seleccionar y apartar de los demás a una espléndida pelirroja, a la que, por fin, consiguió hacer pasar a un saloncito que parecía preparado expreso.

Charly la dejó agotada y feliz en cuestión de minutos, como una bandera tomada al enemigo. Y salió del reservado todavía con las encías repletas de un picor libidinoso, con deseos de proseguir en el "carrousel" erótico.

Fuera le abordó su ayudante Tai, que debió atisbar por el ojo de la cerradura a juzgar por su gesto burlón.

—¿Dónde te has metido? —inquirió Charly.

—Vigilando. Y por el ombligo siempre limpio de Buda, puedo jurarte que el hombre que habló hace poco con la hija de Pratter no ha salido de la casa.

—Ya. Pues continúa con el ojo abierto, Tai.

—Supongo que te referirás al izquierdo, que es el de la sabiduría. Porque aquel sobre el que Buda apoya sus talones conviene tenerlo cerrado a menos que exista una causa grave de quebranto.

—Lárgate, hombre puesto en el extremo estrecho de un anteojo.

Tai se apartó con su característico bamboleo de oca vieja y un guiño de complicidad. Charly sonrió. Y se prestó a presenciar el plato fuerte de la fiesta. El anfitrión, Walter Pratter, presentó a la princesa Maitra Vasti, invitada especial de casa, que iba a interpretar una danza de su lejano país del Himalaya.

La tal princesa, fuera cierto o no su origen, era una soberbia dama, alta, de largos miembros y rotundas formas, con el pelo de un negro azulado y ojos enormes, almendrados, insondables. Las facciones un tanto abultadas, sugiriendo una potente sensualidad en los plenos labios y la nariz de amplias ventanas. De vez en cuando la arrugaba como si le llegase el perfume de un lirio hediondo.

Se cubría con un largo traje, abierto, recamado lujosamente y un sarape también muy historiado. Y de pulseras, anillos, pendientes, brazaletes; se hundiría sin remedio en un naufragio aunque le echaran un salvavidas.

Se redujeron las luces laterales y la princesa, tomándoselo en

serio, inició una extraña danza ritual. Resultaba claro que explotaba su aire lejano y misterioso, pero maldito si estaba dotada para el arte de Terpsicore.

A la par que evolucionaba como un pavo en celo, entonaba con cultural y hondo acento una melopea. Pero si ni en el baile ni en el canto jamás podría aspirar a que la contratasen para el Scala de Milán, lo que si se patentizaba era su formidable arquitectura carnal, el ensamblaje de sus potentes planos musculares y la osamenta, en un juego de escorzos que caldeaban las entrañas de los presentes.

Al terminar con un ronco grito fue muy aplaudida. La estancia recobró su deslumbrante iluminación y ella se retiró tras un gracioso saludo. Charly escudriñó por entre todos los invitados tratando de localizar al sujeto que habló con Susan. Lo que le había dicho Tai de su desaparición y de que no hubiera salido del edificio le intrigaba. La explicación tendría que ser que estuviera oculto en algún cuarto donde el enano no hubiera podido entrar.

A la que sí descubrió fue a Susan que hablaba con su padre. Se acercó a ellos de forma que no se dieran cuenta. Resguardado en un rincón, tras un enorme jarrón azul, imitación de uno chino de la dinastía Ming, pudo oír su conversación.

—Has de hacerlo por mí, papá —decía Susan con angustiado acento—. Debes cortar definitivamente con ese hombre.

—Estás equivocada, muchacha —Walter Pratter era un hombre de mediana estatura, macizo, de faz cuadrada, con un cutis claro, sonrosado, el pelo de un rubio rojizo y unos ojos verdinegros algo saltones, como si un exceso de vitalidad presionara en su interior—. Te he explicado mil veces que yo no...

—¡Pero yo sé que os está haciendo objeto de una extorsión! Tiene fotos y una especie de contrato que...

—¡Vamos, calla! Todo eso son fantasías.

—No lo son, no. El mismo me lo ha dicho, incluso me ha enseñado una de esas fotos. ¡Oh papá, es horrible!

Pratter la estuvo contemplando en silencio unos instantes, sin demostrar que la noticia le hubiera impresionado. Luego, hizo un gesto de impaciencia con la cabeza.

—Está bien, Susan; ya hablaremos de eso. Ahora, recuerda que es tu fiesta y procura divertirte.

Se separó de su lado, caminando de prisa, para ir a mezclarse con algunos de los participantes en el acto. Charly abandonó su escondrijo y se juntó a la rubia, que lo miró con un poco de desvarío.

—Vaya, corderita; seguimos en las fauces del dragón.

Susan inspiró con ansia. Después, pareció tomar una resolución.

—Charly, estoy preocupada —manifestó—. Mi padre... Bueno; él

y otros amigos suyos... Me temo que...

Se calló súbitamente. Semejaba haber quedado como hipnotizada, con la vista fija en un punto determinado. Siguió Charly la dirección de sus pupilas y tropezó con la siniestra figura de un personaje que los estaba observando, aunque en seguida giró sobre sus delgadas piernas y se perdió entre los demás, con una bandeja en sus manos.

Un servidor. Alto, delgado, ligeramente encorvado. Lo impresionante de su aspecto residía, por lo que pudo captar Charly, en que su ojo izquierdo, sin duda a causa de alguna herida o enfermedad, estaba anormalmente abierto dentro de una descarnada cuenca, sin párpados ni ceja. Y proporcionaba a su semblante el efecto estremecedor de estar asomado a una gigantesca lupa.

—¿Quién es ese individuo, Susan?

—¿Quién? ¿Ese? Es Cliff Mounger, un criado de la casa. ¿Por qué?

—No me refería a esa especie de búho, aunque no me gustaría encontrármelo junto a mi cama al despertar, sino al que habló hace poco contigo en el jardín. ¿Por qué no me lo cuentas todo?

Resueltamente los signos astrológicos no anunciaban confidencias. Dos personajes hicieron su aparición en la sala. Maitra Vasti, la danzarina y cantante, con un ropaje no menos vistoso y sobrado de tela que el anterior, recubierto de extraños dibujos en oro sobre fondo rojo oscuro.

Y un poco detrás, sirviéndole de contrapunto, un indescrutable coloso, con el torso desnudo, mostrando toda su potencia. Cabezota, con el abullonado y mondo cráneo en forma de pilón de azúcar. La cara, ancha y plana, agujereada tal que un queso de Gruyere y con su mismo color amarillento. Ojillos de un negro brillante, levemente inclinados, aunque eso podía obedecer a que les hubiera correspondido dos de los huecos extras.

Podía ser mogol o chino, y también un caucásico con padecimiento de hígado. La hija de Pratter los contemplaba con aquel especial pasmo que caracterizaba su proceder. Luego, tuvo como una sacudida y balbució:

—Lo siento. Tengo que ir a...

No explicó a dónde y se marchó corriendo en dirección al jardín. Charly estuvo tentado de seguirla, pero entonces brotó a su lado Tai, que le tiró de la manga.

—¿Qué ocurre, Tai?

—No he logrado dar con el paradero de ese hombre, Charly. Debe de estar en alguna de las habitaciones privadas.

—Sí; quizá sea la explicación. Pero en tal caso eso revela que conoce a alguien de esta casa en plan íntimo.

—¡Por el sueño sin ronquidos de Buda! La chica, Susan.

—No. No lo creo. Ella sospecha de su padre. Por cierto. Tai, Susan ha ido hace unos momentos hacia el jardín. Síguela. En todo esto hay algo raro.

—No hace falta que lo jures.

Se encaminó hacia donde le había indicado. Charly, por su parte, se deslizó junto a Maitra y su feo guardián. De cerca hirió su pituitaria un acre perfume que no resultaba desagradable, como si quemaran en un pebetero maderas de Oriente.

La princesa danzarina lo introdujo en sus pozos oculares. Charly notó que recorría su espalda el escalofrío que presagiaba una nueva aventura. Tuvo la impresión de que aquella mujer arrastraba entre los pliegues de su vestidura el riesgo, la emoción del peligro.

—La felicito —inició el abordaje—, por su actuación, Maitra. Ha puesto magníficamente de relieve..., los misterios de su pueblo.

—Gracias. Seguro que a usted lo que más le ha gustado de ese baile ha sido... ese relieve.

Emoción. Y desafío. Charly arrojó una ojeada investigadora hacia el acromegálico picado de viruelas. Era como un tótem de la estulticia y el vicio.

—De todas formas, es triste que tenga que exhibirse para regocijo de estos puercos —atacó más a fondo—. Seguro que su baile era en honor de una deidad..., de la que ya nadie se acuerda.

—Mi pueblo ya no existe, es verdad. Pero el huso donde se enreda el hilo de la vida gira sin cesar.

—Cierto. Y las personas son las que cuentan, así vistan conforme a tres siglos atrás. Los templos van con nosotros, Maitra, y podemos invocar a todos los muertos..., siempre que se quemen en los braserillos las sustancias necesarias. A mí me gustaría mucho conocer a fondo las costumbres de su pueblo.

—¿Me está pidiendo que le inicie en el culto de mis antepasados?

—¿Y por qué no? Yo hago sacrificios en cualquier altar..., siempre que la sacerdotisa lo valga.

Maitra acusó aquel alarde de cinismo igual que si un jaguar juguetero le hubiera dado un lametón en la faz. Retrocedió un paso y hubo una alteración en su rostro de salvaje belleza. Pero en seguida recuperó su dominio y sonrió.

Y fue el momento en que se escucharon unos gritos en el exterior de la parte del jardín. "¡Lo ha matado! Lo ha matado ¡Un monstruo, un monstruo!".

El rumor de conversaciones se cortó y todas las cabezas giraron hacia aquel punto.

CAPÍTULO 05

CHARLY corrió rápidamente hacia la terraza. En esta no se veía a nadie y pasó al jardín. No tardó en tropezar, cerca de una explanada, con una pareja. La mujer semejaba estar presa de un ataque de nervios. Señalaba con el brazo extendido y el dedo índice rígido a un recuadro de césped que tenía enfrente.

En su centro se ofrecía el cuerpo de un hombre, en difícil esguince, de medio costado, con la blanca chaqueta enrollada de un modo especial, y con la cabeza doblada, como la de un pollo al que se le hubiese retorcido el cuello para guisarlo. Bastaba fijarse un poco en su posición para concluir que era imposible que estuviera así por su voluntad.

Pero a Charly no le interesó tanto aquello como el detalle de que el terreno de su alrededor, o sea la parte arenosa y el resto de cuidada hierba, aparecían sin otras huellas de pasos que unas que se identificaban perfectamente como de mujer.

El hecho de que entre los antepasados de Charleston "Dumpy" Ravenscraft existiese un piel roja "choctaw" era tan solo un factor que le predisponía a sorprender indicios que unas pupilas normales no detectaban. Por ejemplo, en aquel caso, las señales de pies femeninos le indicaron que la mujer, quien quiera que fuese, se había acercado al caído pero en absoluto pudo transportarlo hasta allí.

¿Por dónde había llegado entonces el cuerpo hasta el punto donde se encontraba?

Miró a su alrededor y comprobó que a unas seis yardas se levantaba una terraza, de unos diez pies de altura aproximadamente, y que comunicaba con la casa pues se pasaba a ella por una cristalera de la parte sur. Podía haber saltado desde ese lugar y aquello explicaría la forma de caer y quedar como un tirabuzón.

Pero si lo hizo tuvo que reunir la más fantástica de las virtudes, porque Charly —que brincó sobre una piedra y se inclinó para reconocer al cadáver—, constató que no había muerto por desnucamiento, sino por estrangulación. Y quien o lo que le había apretado el gañote tendría que poseer la fuerza de un elefante o ser el mismo proboscídeo el autor de la faena.

Algo más registraron sus ojos y fue el pañuelo que poco antes

estrujaba entre sus dedos la hija del armador Walter Pratter. Lo alzó con rapidez de ilusionista y se lo metió en el bolsillo. Mientras, la mujer descubridora del suceso, una alta y delgada pecosa que recordaba a la novia del monstruo de Frankenstein, había continuado con sus gemidos, que inútilmente trataba de reprimir su acompañante.

—¡He visto como lo mataba..., lo he visto! ¡Huyó por aquel lado! Era un hombre espantoso..., con un solo ojo..., ¡Un monstruo! ¡Hay un monstruo asesino en la ciudad!

Varios de los asistentes a la fiesta habían desembocado en la glorieta y rodeaban a los dos seres que habían tenido la desgracia de tropezarse con el muerto. Y por el extremo opuesto surgió Cliff Mounger. La testigo prorrumpió en chillidos más fuertes.

—¡Él es, él es! ¡Ese monstruo lo ha matado!

Tras lo que se desmayó, aunque por la forma extremosa de caer contra el "duck" que le hacía el contrapunto, quedaba claro que era puro histerismo o truco de actriz. Charly, con otro elástico salto, se había retirado de junto al asesino y se reunió con Tai, a quien distinguió entre los que habían acudido.

—¿Es...?

—Sí. El tipo que habló con Susan y que parece chantajeaba a su padre y a un grupo de sus amigos.

—¿Y por dónde habrá salido? Porque yo juraría que no estaba fuera. Seguí a Susan, pero me despistó.

—Ya. Lo más curioso, Tai, no es por dónde haya salido de la casa, sino cómo pudo llegar al sitio donde está. Porque observa que no existen otras huellas de pies a su alrededor que las de una mujer..., sin otro peso que el de sus bien repartidas grasas.

—¡Por la verruga de la sabiduría que adorna la frente de Buda! Pues es cierto. ¿Y quién le ha tirado de esa manera tan horrorosa del cuello?

Se callaron y prestaron atención a lo que sucedía entre la descubridora, que de nuevo entraba en escena, y Mounger, el acusado. El criado, con su espeluznante ojo de Polifemo, se fue para ella. Y declaró en tono brutal, con una entonación que jamás le habría permitido formar parte del coro de una iglesia:

—¡Estúpida chotacabras! Lo único que puede decir que vio fue que salí corriendo tras alguien que se me había adelantado y estaba inclinado sobre el cadáver.

Bajo la luz del foco que alumbraba la rotonda el cuadro de invitados resultaba irreal, propio de una representación teatral. El propietario de la mansión, Walter Pratter, se abrió paso y adelantó hasta situarse al lado de su servidor, al que contempló con expresión de desconcierto.

—¿Qué es lo que ha pasado, Cliff? ¿Por qué eran esos gritos? ¿Y por qué...?

Clavó sus saltones ojos en el cuerpo trágicamente estrujado por algún gigante. Y se le encenizó la faz.

—¿Está..., está...?

—Muerto. Tan muerto como la ilusión de esa harpía para conquistar el título de Miss Mundo.

—Vamos, Cliff, cálmate. ¿Qué es lo que pasó?

El belicoso Mounger se aplacó algo y varió su tono al replicarle,

—Estaba cerca de la puerta del jardín cuando me pareció oír un golpe sospechoso en el exterior. Salí a comprobar y vi, al llegar aquí, que alguien estaba arrodillado junto a ese cuerpo, como si lo registrara. Huyó y corrí en su seguimiento, pero logró desaparecer entre los árboles. Eso es todo.

—¿Pudiste reconocer a la persona que huía?

Hubo un ligero cambio en la expresión casi inhumana del criado. Pero ante la dura, inquisitiva mirada de Pratter, denegó con firmeza:

—No, Me fue imposible. Se metió en seguida en la parte no iluminada.

—Está bien. Creo que lo mejor será que te quedes aquí, vigilando, mientras aviso a la policía. Ustedes pueden volver al salón y les ruego, por favor, que no se marchen por el momento.

Charly tiró en aquel momento de Tai y lo condujo en dirección a la vivienda.

—Oye, proyecto sin terminar de hombre: aprovecha que todos andan revueltos y registra esas habitaciones privadas. Tenemos que saber si esa pieza de arte, la "Serpiente con Alas de Fuego", ha sido traída a esta mansión, aunque dificulto que el muerto la pudiera transportar en un bolsillo. Recuerda también que el interfecto llevaba ciertos papeles y fotos" comprometedoras que deben haber pasado a poder de su asesino.

—¡Buda transmigrado al inmundo organismo de una rata! ¿Quieres decir que debo descubrir al asesino?

—Si lo consiguieras serías un Sher Hol..., la mitad da Sherlock Holmes. Mas apuesto a que todavía estamos lejos de eso. Para tu información te diré que junto al estrangulado estaba este pañuelo de Susan. Sin embargo, yo no creo que haya sido ella, pero sí que fuera la persona que vio huir Mounger..., que tuvo que reconocerla por fuerza. ¡Vamos, date prisa!

Tai se apresuró a cumplir el encargo. Charly lo estuvo observando hasta que se metió en el edificio. Acto seguido se retiró también y se introdujo por una de las sendas. Atrás quedó la gente comentando el extraño crimen. Él estuvo un rato recorriendo el jardín, que era

bastante extenso. Le había parecido distinguir una furtiva silueta que se desvanecía entre el follaje.

La encontró junto a un pequeño estanque. Lloraba, pero no era de desconsuelo sino desahogándose. Fue a sentarse a su lado. Y la contempló con sus duros ojos de azabache radiactivo.

—Corderita, las cosas se han complicado. El hombre que esperabas el otro día en el local de Madmuh "Buey" y que se entrevistó contigo no hace mucho en este mismo jardín, ya ha dado el salto al otro lado.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que le han hecho viajar al planeta de las pesadillas eternas y sin billete de vuelta. No te hagas la tonta, paloma; sabes muy bien que ha sido asesinado.

Ella se estremeció, pero no apartó su mirada. Charly le tendió el pañuelo que había encontrado junto al muerto.

—Toma. Te hará falta para limpiarte las lágrimas. Y escucha: yo no tengo otro interés que el de apoderarme de esa joya, la "Serpiente con Alas de Fuego". Quiero decir, que puedo ayudarte. ¿Le quitaste a ese chantajista los documentos con que te amenazaba?

Descubrió Charly que había vuelto a tropezar con el sólido muro tras el que se parapetaba la hija de Pratter. Sus labios temblaron tal que si fueran a modular las palabras reveladoras del misterio, pero luego los apretó con determinación y su gesto se endureció.

—No sé de qué documentos hablas —rechazó—. ¡Oh, Charly, no me atormentes más! Te juro que yo no tengo esa joya..., o lo que sea. Pero quiero olvidar todo este asunto. Creo..., creo que todo ha terminado ya.

O sea que ella se aplicaba el dicho de "muerto el perro se acabó la rabia". Bastaba fijarse en su aspecto para establecer que su tensión se había aflojado. Charly sonrió agriamente y se encogió de hombros.

—Bueno, bueno, corderita; tú ganas. Ten, guárdate este trocito de tela perfumada. ¿Podrías decirme, por lo menos, si viste a alguien, algún sospechoso cerca de ese desconocido?

Asombrosamente Susan palideció de un modo intenso y se estremeció tal que si la hubiese rozado un espectro.

—No..., no. ¡Oh, fue horrible! Me pareció ver... ¡Pero no es posible! ¡No es posible!

—¿Qué fue, Susan? ¡Vamos, contéstame!

—Pero si no... Está bien; tuve la impresión de que un enorme reptil, una boca gigantesca, se desprendía de aquellos restos y se perdía en el aire, como si se esfumara en la noche. Supongo que se trataría de alguna ilusión óptica o... No lo sé.

Charly la escrutó con desconcertada reflexión. Por supuesto que

aquello se correspondía con la forma de muerte que había recibido el chantajista. Pero lo de que el constrictor ofidio se desvaneciera en las alturas entraba ya en el dominio de las brujerías.

—Está bien, Susan; vuelve con los tuyos. Ya veré la forma de enterarme de lo que pasó.

Con un súbito arranque, Susan le echó los brazos al cuello y lo besó. De golpe había desaparecido toda su inocencia, porque el beso estaba calculado para hacerle hervir el tuétano. Se lo devolvió cumplidamente y la desprendió con un tirón de sobre su pecho.

Y no intentó sujetarla cuando se marchó casi corriendo hacia la casa. Tras unos segundos de espera, la siguió con lentitud. En la entrada al salón se le apareció Tai.

—Salvo asomarme por debajo de los vestidos de las damas, todo lo he registrado, Charly. Y esa joya brilla..., por su ausencia. Otra cosa: la policía ha comenzado a interrogar a los invitados y hasta ahora ninguno ha sido capaz de reconocer al asesino.

—Ya. Como si hubiese caído de la luna.

—Sin embargo, a nadie parece preocuparle el caso. Más bien se diría que están más animados que antes. Caras de 4 de julio, chistes macabros y palmaditas en las espaldas. Una juerga, vamos.

—También es lógico. Si estaba chantajeando a muchos de ellos, se sentirán liberados.

—*Hum*. Otra cosa: esa cotorra que dio el aviso ha declarado que un hombre se metió en el "parterre" y estuvo examinando el cadáver. Y ha dado tus señas.

—Buena ciudadana. Seguro que aspira a una medalla del Mérito Civil, cosa de un par de meses de huésped del armador..., que es viudo y gran coleccionista de antigüedades. En el cuarto de esa gran sacerdotisa he estado a punto de morir por la mordedura de una serpiente.

—¡Cuernos!

—Sin ellos. Tiene varias en un cesto y levanté la tapa para examinar lo que guardaba. ¡Buda roncando bajo el árbol de la Ciencia! Alzaron sus cabezas y una me tiró un envite.

—Seguro que no te dio porque creyó que eras un hombre normal y apuntaría alto.

Tai no replicó pero mostró sus agudos dientes. Charly tuvo, de improviso, la sensación de que por delante de sus pupilas se conformaba un cuadro extraño, inquietante. Todos aquellos datos parecían señalar a un resultado concreto, Solo que había partes en la sombra, desdibujadas, y se le escapaba la imagen definitiva.

Una imagen aterradora, cebada en el miedo irracional de un pueblo dormido en la historia, y que remontaba su escamosa y a la vez

alada constitución por una superficie resbaladiza de sangre,
salamandra y grifo; pájaro y serpiente.

CAPÍTULO 06

AQUELLA madrugada, la del día siguiente a la fiesta, Charleston "Dumpy" Ravenscraft, Charly para los conocidos y "Dumpy" para los íntimos —una vieja nodriza que lo tuvo en sus brazos cuando pequeño y un amigo del colegio del que no había vuelto a saber desde diez años atrás—, asumió el papel de vampiro humano.

Se llegó hasta el Depósito y bajó a los lúgubres sótanos donde se exponían los "fiambres". Se había identificado con un policía de servicio en la puerta a quien aseguró que deseaba comprobar si habían recogido a una tía suya anciana que faltaba de casa varias semanas.

—¿Y la ha echado de menos ahora?

—Se trata de una vieja alegre, pero nunca estuvo tanto tiempo fuera.

Dejó al "pies planos" no muy convencido y recorrió los oscuros pasillos y penetró en varias estancias. Localizó, por fin, a un viejo empleado, Samy Groveth, vigilante en aquel tétrico recinto, que otras veces había sido el venero de que recibió información.

—Hola, Samy-saludó—. Hace frío aquí.

El guardián le examinó con sus ojillos pitorrosos de mono rijoso.

—¿Qué muerto se te ha perdido por aquí, Charly?

—Has apuntado bien, viejo. Me interesa uno de estos tíos tiesos. Uno que deben haber traído no hace mucho con el cuello convertido en un farolillo chino después de varios días de caerle lluvia encima.

—Ya. Está en la sala cinco y tiene el número dos mil treinta y dos.

—¿Del año o del mes?

—De la semana.

—Pues vaya. Me interesaría verlo, Samy.

—A la policía quizá no le guste eso, Charly.

Hubo un intercambio de dólares y reticentes promesas. Por último, el viejo se transformó en ayudante de Caronte y condujo a Charly hacia la nave indicada. Mientras avanzaban por el corredor escasamente alumbrado, el aventurero inquirió:

—¿Tenía ese muerto, Samy, algún signo característico por el que se le pudiera identificar?

Hacía aquella pregunta a conciencia de que el vigilante sometía a

los cadáveres entregados a su cuidado a una inspección rigurosa, ya que era posible que alguna moneda u objeto de valor se le hubiera pasado por alto a los detectives.

—¿Una marca? ¿Alguna cicatriz?

—Justo. A eso me refiero.

—Ahora que lo mencionas, Charly, ese tipo tiene una figura tatuada en el hombro izquierdo.

—¿Tatuaje?

—Y un tatuaje muy especial, porque está coloreado en rojo, azul, y amarillo; un dibujo muy extraño, algo así como un lagarto con alas y cuernos. Y no tiene nada de particular que la policía no lo haya visto ya que lo llevaba cubierto con una goma adhesiva del mismo color que la carne. Yo me di cuenta de que estaba algo arrugada y la levante.

No hacía falta que le explicara la razón de que lo hubiera hecho así. En ocasiones, los cadáveres de los delincuentes guardaban en heridas realizadas ex-profeso joyas o microfilms importantes. Y el bicho necrófago que era Samy les revolvió hasta el interior de sus vísceras.

Con una cierta sensación de repugnancia, no obstante lo resistente de su estómago, Charly prosiguió la lenta marcha. El viejo se lo tomaba con calma. Se pararon, por fin, frente a la puerta marcada con el número cinco.

—Solo mirar, Charly; no hagas nada que me comprometa.

—Duerme tranquilo..., si es que te dejan las pesadillas.

—Las malas digestiones es lo que no me deja dormir a veces.

Introdujo una llave y la movió. Pero se detuvo en su acción y el rostro se le arrugó aún más de lo que lo tenía.

—Jauría...—musitó.

En aquel momento la pesada hoja se abrió y ante los atónitos ojos de Charly y del vigilante se presentaron tres merodeadores turistas de lo macabro. O mejor que eso, dos, porque el tercero que ocupaba el centro era ya cecina de ultratumba, uno de los huéspedes de aquel lugar, envuelto en una sábana.

—¿Qué..., qué demonios hacen ustedes...? —tartajeó Samy tan blanco como su oponente del Más Allá.

Los que sostenían al cadáver llevaban los rostros cubiertos con unas medias. Procedieron con rapidez y economía de medios. Empujaron hacia los dos hombres al silencioso camarada y se fueron detrás de él empuñando unas cortas porras. Les fue fácil eliminar a Samy, pero Charly se escurrió a un lado y se dispuso a estropearles la juega nocturna.

Logró encajarles un par de desquiciantes puñetazos que los

introdujeron trastabillando y manoteando en la fría sala. Saltó en su seguimiento, Y nada más cruzar el umbral se le desplomó sobre la cabeza una especie de montaña. Ni siquiera contó con el segundo necesario para reconocer la clase de potencia infernal que le facilitaba un pase gratuito al imperio de la Polvorienta Oscuridad.

Cuando recobró el conocimiento tuvo la desagradable experiencia de verse tumbado sobre una de las mesas de mármol y con una tela húmeda tapándole. Se desprendió del sudario, saltó a tierra y buscó al viejo. Lo halló dentro de un cubo de desperdicios y le costó casi un minuto el volverlo a su mísero estado de conciencia.

—¡Vamos, Samy, vamos, despierta!

—¡Eh! ¿Qué ha pasado..., qué ha pasado, Charly?

—Me temo que el número 2.032 se ha fugado.

—¡Lo han robado!

—Si.

—¿Y por qué?

—Si llegas a resolver ese problema te prometo un premio de cien dólares y una botella de "whisky".

Tranquilizado sobre el estado del vigilante, Charly se despidió de él y se apresuró a salir del Depósito. No estaba seguro, pero la bacteria vibrónica de la sospecha le producía una irritación especial en sus meninges.

Pese a la hora, Portsmouth Square ofrecía tanta animación en contraste con el sitio del que acababa de salir que en un espíritu más sensible y con tendencia a la filosofía que el del aventurero obraría como un revulsivo. Lindando con la plaza se encontraba la abigarrada, multicoloreada y ruidosa Chinatown.

Pero Charly no estaba para fiestas ni para reflexiones que le apartaran de su objetivo. Se dirigió a la callejuela donde dejó a su coche. Y a unos diez o doce pasos de distancia se percató de que algo raro ocurría en su interior. Para otros ojos menos perspicaces los detalles pasarían inadvertidos, pero aquel leve empañamiento del cristal posterior alertó su instinto de fiera carnicera.

Y se acercó con especial sigilo al vehículo. Realizó un minucioso reconocimiento externo, pero no notó nada anormal. Trató de mirar el interior desde fuera y aunque la zona era oscura descubrió que, en efecto le habían metido un bulto en la parte de atrás, sobre la esterilla.

Abrió la portezuela al tiempo que se apartaba con un ligero brinco. Y lo hizo oportunamente ya que de inmediato se deslizó fuera una reptante cinta verdosa que se anunció, además, con un sonido típico: una cascabel. Un certero taconazo y reventó la triangular cabeza.

Luego, sin hacer caso del espanto de unos transeúntes que se

habían dado cuenta del suceso, se asomó y examinó el "regalo" dejado por sus desconocidos amigos. Allí estaba el sustraído cadáver del hombre asesinado en la mansión de Russian Hill. Echado de bruces, Charly lo volvió y se enfrentó a un rostro atrocemente mutilado, irreconocible. También en las manos se habían eliminado las primeras falanges de los dedos.

Pese a lo cual estaba claro que era el mismo momio, ya que lo delataba el roto pescuezo que tan solo se mantenía unido por el pellejo. Charly se irguió y sacó su torso de aquel espacio. Cerró con tranquilidad y fue a ocupar su puesto frente al volante. Pero antes de poner el motor en marcha encendió un cigarrillo y le dio unas cuantas chupadas.

La lógica apuntaba a una sola conclusión. Al individuo aquel le habían preparado en semejante forma con el propósito de que no saliera del más absoluto anonimato. Podía ser para borrar toda pista hacia el grupo étnico a que pertenecía, pero aquello no tenía sentido porque tal cosa se conseguiría sin necesidad de su tarjeta de identidad.

Entonces debería tratarse de una sustitución. Deformado, sin posibilidad de adjudicarle unos rasgos y unas huellas dactilares, el muerto se evaporaba y, realmente, podía continuar vivo..., aunque fuera otra persona quien sumiera su representación.

Y la finalidad: continuar con la operación de chantaje que desarrollaba. Charly aspiró una última vez el humo y apagó la colilla en el cenicero. Por contraste, la llamita de la comprensión se había encendido en su tortuoso cerebro.

CAPÍTULO 07

En la mansión de Russian Hill una doncella negra informó a Charly que la señorita Susan había salido muy temprano, vestida de amazona, por lo que, posiblemente, hubiera ido al parque a pasear a caballo. Y le facilitó la descripción del sitio donde solía practicar aquel deporte.

Charly, antes de intentar reunirse con ella en aquel sitio, fue a su casa en la travesía de Davis. En el garaje tropezó con el enano Tai..., que hablaba con uno de los hombres de Miem-Mam. El chino se apresuró a salir disparado, moviendo las piernas de un modo que denotaba que fue "rickshaw" en su país de origen. Y el malayo hizo desaparecer en su cintura unos cuantos billetes.

—¡Maldito traidor! —lo insultó Charly—. No sabía que tuvieras dos caras como las monedas de los tahúres.

—¿Eh? ¿A qué viene eso? Yo tengo como todo el mundo un anverso y un reverso..., si bien más próximos que los seres normales.

—¿Vas a negar que tú facilitas informes a Miem-Mam y que te pagan por eso?

—Claro que no lo voy a negar. Y eso es lo mejor que puede ocurrirte porque siempre presento de ti una imagen favorable. Y evito que te haga vigilar por otro que no te fuera tan adicto.

Ante la desvergüenza del enano Charly no tuvo otro remedio que reírse.

—Está bien. Tai —concedió crédito a sus palabras—. ¿Te has enterado de algo?

—Solamente que el asesinado de ayer por la noche fue robado del Depósito esta madrugada. Te esperaba aquí para comunicártelo, aunque por tu expresión parece que ya estás enterado.

—Si.

—Lo que no sabrás es que no hace ni un par de horas lo han encontrado dentro de un cubo de basura, en el patio trasero de un hotel en el Puerto. Le habían cortado las manos y desfigurado la cara. Suponen los polis que por el traje, los zapatos y la clase de desnucamiento era el fulano que asesinaron en la casa de Walter Pratter.

De repente, Charly recordó algo. El no tuvo tiempo de verificarlo, pero quizá la policía...

—¿Solamente las manos y la cara, Tai? ¿No han alterado ninguna otra parte del cuerpo?

Tai chasqueó los dedos.

—¡Por el trasero encallecido de Buda! Era algo que se me había olvidado. Sí; aparecía arrancada una gran tira de piel de su espalda. ¿Qué pasa con eso, Charly?

El aventurero se había introducido en la concha de la meditación. Luego contó al enano lo que Samy, el vigilante de la Morgue, le había dicho.

—Tai, quiero que vuelvas a esa casa de Russian Hill y que investigues cuanto se refiera a esa bailarina Maitra Vasti. Pero ten cuidado con las cestas llenas de serpientes y procura que su acompañante, ese gigante que recuerda al servidor de Mandrake, no te pise.

—Tanto le daría poner el pie sobre un cacto espinoso del desierto. Soy pequeño, pero lleno de veneno. Por cierto, ese gorila sin pelos atiende por el nombre de Yanko.

—Le va al pelo..., que no tiene. Hasta luego, Tai.

El enano se alejó y Charly subió a su piso. Se bañó, cambió de ropa y desayunó. Luego, tomó el Nash y lo dirigió al Norte. Más allá del Golden Gate el mar refulgía como un enorme escudo dorado.

Alcanzó la parte de las umbrosas avenidas que le indicó la doncella. Y distinguió a Susan, sentada bajo unos pinos, cerca de la orilla del Lago Stow. A unas treinta yardas, su alazán y otra montura guardada por un servidor negro.

Susan se puso en pie al ver a Charly. Pero en seguida se dejó caer otra vez sobre la hierba, como desprovista de interés por cualquier suceso. Se sonrojó fuertemente cuando él se la acercó con su aire de lobo husmeante.

—Juraría que tu venida a este lugar a estas horas tiene todo el— aspecto de una huida —comentó devorándola golosamente con sus iris brillantes—. Y debes tener cuidado porque merodean lobos al acecho de las Caperucitas.

—Pero no se disfrazan de abuelas. Y la mayoría suelen correr en cuanto ven a los guardas.

Charly se sentó a su lado.

—Susan —su voz se había endurecido y raspaba como la lengua de un felino—, necesito que me cuentes lo que haya sucedido esta mañana.

—¿Está mañana? No sé a qué te refieres.

—Está bien, está bien. Te ilustraré acerca de ciertos acontecimientos. El cadáver del hombre asesinado anoche en tu casa fue robado esta madrugada del Depósito. Y hace como tres horas que

lo hallaron en un cubo de basura, pero totalmente desfigurado y sin los dedos de las manos. ¿Sabes por qué hicieron eso, cordera? Para que cualquiera que ocupe su puesto pueda presentarse y decir que es él mismo. Y estoy convencido de que eso es lo que ha pasado ya. ¿Me equivoco?

La faz de la joven se puso blanca. Sus azules ojos se empañaron y comenzaron a temblarle los labios.

—No..., no es posible. Pero si anoche...

—Te estás paseando por el borde de un cráter de un volcán en llamas. ¿Volvió ese chantajista esta mañana a tu casa, no es verdad? ¿Y estuvo hablando con tu padre?

Todavía quiso resistir Susan, pero hubo como un derrumbe en el almacén de su desconfianza. Y un gesto de renuncia alteró su bello semblante.

—Sí. Loys, mi doncella, me avisó de que lo había visto entrar. Fui al despacho de mi padre y, desde el exterior, con el oído pegado a la cerradura, les oí hablar. ¡Y era su misma voz!

—¡Vamos, no seas estúpida! Sería su mismo acento, porque este nuevo tipo pertenece al mismo país. ¿De qué hablaban?

—No..., no lo pude escuchar bien. Se fue en seguida además. Pero se referían a esa joya..., la que tú mencionaste. Por el agujero pude ver que estaba sobre la mesa de mi padre... Luego...

Se calló porque en aquel momento surgieron de entre los árboles cuatro hombres que avanzaron rápidamente hacia ellos. Poseían unas facciones que Charly se esforzó en identificar. Frentes planas, tendidas hacia atrás, narices curvadas, ojos oblicuos y aquel oscuro color melado...

Eran los mismos rasgos que los del hombre asesinado. El pueblo resurgido de las selvas del Yucatán, los descendientes de los toltecas y mayas. Charly se puso en pie dispuesto a repeler la agresión. Susan le imitó. En un impresionante silencio, desliándose como sombras, rodearon a la pareja. Se precipitó uno sobre Charly, seguido rápidamente de otro. Y los dos restantes cargaron contra la joven.

El aventurero cometió el mismo error de la madrugada. Despreció la táctica de los enemigos y, cuando dio un paso para salirles al encuentro, un formidable mazazo lo hundió en la negra sima de la Nada, por unos breves segundos. Luego, fue igual que si estuviera subido en un tiiovivo loco. Sin recobrar la conciencia del todo asistió, envuelto en una bruma que hacía círculos y ondas, a las siguientes acciones de los atacantes, que habían echado una especie de saco sobre la cabeza de Susan y se la llevaban por entre los pinos con celeridad simiesca.

A poco, Charly, que luchaba por escapar a su mareo, distinguió al

criado negro que se acercaba con toda parsimonia al escenario de la reyerta. Desde unas diez yardas lo contempló tal que a un perro rabioso. Por último, el golpeado consiguió sentarse en tierra.

—¡Vamos, acércate, estúpido! No te voy a comer.

—No..., no, señor. Se le indigestaría.

Charly pudo ponerse en pie. El moreno lo sostuvo porque se tambaleaba.

—¿Has visto cómo se llevaban a tu señorita?

—Sí, señoor...

—¿Y por qué no has hecho nada para impedirlo?

La mirada del negro era un poema, compendio de los males de su raza.

—Si un blanco se mete por medio en una reyerta de enamorados seguro que sale con un ojo morado, pero si es un negro apueste a que lo degüellan.

—¡Pero no se trataba de una reyerta de enamorados!

—¿Ah, no, señoor? Como la gente de Russian Hill hace cosas tan raras...

Charly se encogió de hombros. Aunque le dolía la cabeza sus sentidos funcionaban con normalidad.

—Está bien. Vuelve a la casa y llévate los caballos —de repente tuvo una inspiración—. Oye, hombre-pulpo; ¿recuerdas si unos hombres así, como esos que se han llevado a la hija de Pratter, estuvieran anoche en la fiesta?

—Anoche no, señoor. Yo nos los vi, al menos. Pero en otras ocasiones sí que estuvo uno.

—¿Y a quién visitaba? ¿Al señor Pratter?

—Pues no lo sé, señoor. Pero sí que estuvo con la señorita Susan varias veces. Y luego desaparecía.

—¿Desaparecía?

—Como sí a un primo mío lo hubieran pintado de negro y metido en un cuarto a oscuras.

—Querrás decir que se marchaba.

—No, señoor. Quiero decir que, sin salir de la casa, y yo lo sé bien porque desde mi vivienda se ve la puerta de entrada y aunque fuera por la de atrás tendría que pasar por la rotonda, se desvanecía y hasta un par de horas después no volvía a reaparecer. Eso lo sé por mi mujer que es doncella de la señorita. Quiero decir que trabaja en la casa.

—Ya. ¿Y volvió a aparecer esta mañana?

—Sí, señoor.

—¿Pudiste ver si llevaba algún paquete o se le notaba que lo ocultaba bajo la ropa?

—¿Un paquete? ¿Una cajetilla de cigarrillos?

—No; del tamaño de un ladrillo grande y que pesara bastante.

—En absoluto, señor. Ese tipo caminaba moviendo los brazos, tan despreocupado como un "hippy" después de haberse desayunado un kilo de flores. Y no se le notaba bajo la chaqueta o entre el pantalón y el ombligo un objeto de ese tamaño.

Lo despidió Charly con un ademán y un par de dólares, y él fue hacia donde había dejado el Nash. Lo enfiló por la cuesta que conducía a la mansión de Pratter. Y su gesto transparentaba la tremenda tormenta mental en que estaba sumido.

CAPÍTULO 08

EL armador se encontraba en su despacho. Para obligarle a que lo recibiera, Charly entregó una tarjeta en la que junto a su nombre había añadido: "Serpiente con Alas de Fuego". Inmediatamente regresó el enlevitado sirviente, también de la cofradía del Betún, y le pidió que lo siguiera.

Cuando el aventurero penetró en la amplia estancia, Walter Pratter se puso en pie tras la enorme mesa y lo contempló con los saltones ojos verdinegros a punto de desprendérsele de la faz y cierto extravío. De repente, debió reconocer a su visitante porque palideció aún más.

—Usted... —murmuró roncamente—. ¿Qué es lo que desea?

—Ya veo que me recuerda, Pratter. Asistí a su fiesta anoche. Y acabo de estar con su hija Susan.

—¿Mi hija? ¿Y por qué...? —se le notaba totalmente fuera de control—. Bueno; el motivo de su visita si no le importa...

Charly se inclinó sobre la mesa y le clavó con dureza sus negros iris.

—Pratter, a su hija la han raptado delante de mis narices no hará ni una hora, ¿Comprende? Raptado.

Relató lo ocurrido y cuando terminó se dio cuenta de que el otro hombre apenas si le había prestado atención. Aquello le encolerizó.

—¡Oiga, Pratter! —trompeteó estilo Juicio Final—. Su hija trata desesperadamente de encubrirle. No sé qué habrá hecho usted, pero todos los síntomas son de que está pringado hasta la raíz del pelo. ¿Qué significa para usted "La Serpiente con Alas de Fuego"?

—No sé de qué me habla.

—¿Quiere decir que no ha oído hablar de ella? Vamos, Pratter, no sea estúpido. Le repito que su hija está en peligro

Y muy serio.

Pero el armador había definitivamente superado los primeros momentos de desconcierto.

—No creo una palabra de lo que dice. Y le prevengo que debe largarse cuanto antes o llamaré a la policía.

—¡Vaya! Por mi hágalo. Quizá a la policía le interese esa historia. Y hasta puede relacionarla con lo sucedido aquí anoche.

Pratter se dejó caer en el sillón Y extendió la mano derecha hacia un pequeño tablero con diversos botones. Mientras, Charly recorría el interior del cuarto con sus agudas pupilas. Recordaba lo que le contó Susan de que en la entrevista allí, aquella mañana, la pieza arqueológica "Serpiente con Alas de Fuego" estaba sobre la mesa de aquel despacho. Y lo que informó también el servidor negro de que el visitante en ningún caso pudo haberla introducido, puesto que no la llevaba consigo.

—Escuche, usted, quien quiera que sea —habló con metálico acento el armador—: he recibido en otras ocasiones visitas de chantajistas que, con diversos cuentos, han pretendido sacarme dinero. ¡Lárguese! Mi hija está perfectamente. Me consta.

Añadió, con un ligero registro de ironía en la voz:

—Hasta, si lo prefiere, estoy dispuesto a aceptar que haya habido algo de eso. Pero seguro que esos supuestos raptos serían vulgares ladronzuelos. Susan los habrá esquivado o, tal vez, les entregara el dinero que llevara consigo.

A Charly, que no pudo sorprender ningún escondrijo especialmente preparado para ocultar la joya dado su volumen, le asombró aquella postura.

—¿Y si no fuera así, Pratter? ¿Tan poco le preocupa la vida de su hija?

Hubo otro cambio apenas perceptible en la faz del propietario de la casa.

—Para su información, aunque no tenga nada que ver con el asunto, le diré que solo es hijastra mía. Me casé con su madre siendo viuda y con Susan de pocos años de edad, dos exactamente. En cuanto a lo de su rapto, para su tranquilidad le diré que mi hija... Susan, ha llamado hace un rato y hablado conmigo. Y se encontraba perfectamente.

Aquello si era un buen golpe. Charly lo acusó encogiéndose. Ya era inútil prolongar la entrevista. Indudablemente si Susan habló con su padre después de lo sucedido en el parque era señal de que había conseguido liberarse.

Se dispuso a salir del despacho.

—Hasta la vista, Pratter.

Curiosamente el dueño de la casa no se había interesado por su identidad. Era una prueba de que consideraba tener en su poder el dominio de aquel chantaje que, según su hijastra, le estaban haciendo. O de que estaba profundamente asustado. Desde la puerta se volvió a echar la última ojeada.

Y captó la maniobra del armador que se escanciaba una copa de un barrilete situado sobre una repisa, un recipiente original montado

sobre un eje entre dos atlantes de plata y que se balanceaba para usarlo, volviendo a la vertical por su propio peso.

Pratter se bebió el licor y repitió con ansia. Charly cerró tras sí. La antecámara estaba desierta. Fue a cruzarla cuando su penetrante vista fotografió la fina línea de un cable que penetraba por una ranura de la puerta del cuarto que acababa de dejar.

Lo siguió hasta otra que atravesaba del mismo modo. La cruzó a su vez y pasó a un corredor débilmente iluminado. Pero no le fue difícil continuar el recorrido que terminó junto a la entrada de una habitación. Con gran cuidado, Charly empujó la hoja de madera.

La pieza a que daba era angosta aunque con el techo más alto que las demás. Un camastro, una mesa con una silla, un armario y un lavabo con jarra y jofaina. Y sentado en el jergón, colocado frente a un pequeño magnetofón y unos auriculares puestos, el feo, repelente Cliff Mounger. Tan absorto estaba en su tarea de espionaje que ni se percató de que tenía visita. Charly se colocó casi a su lado.

—¿Así que tú eres los "oídos y ojos" que informan a los "cabezas de pájaro" de lo que pasa en esta casa, eh? —le espetó casi al oído.

El tipo aquel poseía una víscera cardiaca a prueba de sobresaltos tal vez porque practicaría mirándose al espejo por las mañanas. Con lentitud, volvió la cabezota y su corroído sector de la frente quedó enfocado hacia el aventurero.

—Yo no informo a nadie —pronunció con su desagradable acento—. Estudio Electrónica.

—Y de paso te enteras de lo que se habla en el despacho de Pratter..., sin otro interés que el de hacer prácticas. Lo malo de ti, Mounger, es que no te puedes poner el dedo sobre la ceja para dártelas de listo. Porque no lo eres..., aparte de esa cloaca que tienes por ojo.

—¡El de tu padre, gusano de la mierda, si que era el pozo negro donde hacían sus necesidades sus familiares y vecinos!

Coincidiendo con aquel exabrupto de Mounger, la luz de la lámpara que iluminaba la estrecha habitación se apagó. Y paradójicamente "alumbró" a una serie de espíritus hidrófobos, tal que si por un descosido de aquella negrura se precipitaran en tobogán desde algún antro infernal.

Charly se sintió rodeado, mordido y arañado. Inmediatamente entró en situación y sus puños y pies barrieron de delante de sí a los enemigos. Pero tuvo que reconocer que ellos parecían ver mientras que él no.

Y no alcanzó a ninguno. Oyó bufidos, carreras, golpear de puertas. Y cuando se precipitaba hacia la masa sombría, revuelta, decidido a caer sobre quien fuera, un tremendo golpe en la nuca lo

convirtió también en tiniebla.

CAPÍTULO 09

SE encendió su "entendimiento" a la par que la lámpara que disipaba las sombras del cuarto. A su lado, arrodillado, lo que le transformaba en una especie de gato, le examinaba con asombro su compañero, el enano Tai.

Charly se incorporó con un esfuerzo, sintiendo que danzaban todos los objetos a su alrededor, y se apoyó en los codos.

—¿Qué ocurrió? —farfulló.

—¡Por el ombligo de Buda que es fuente rebosante de buen sentido! Eso quisiera saber yo.

Poco a poco se apaciguó el baile y Charly contempló, con una perspectiva normal, el espacio circundante. Semejaba que un tornado lo había traspasado. La cama fuera de su sitio, el colchón caído, volcadas las sillas, el armario abierto y esparcidas las cosas que guardaba...

—Yo estaba en el pasillo, investigando el destino de un largo hilo, cuando oí un enorme estrépito aquí dentro.

—¿No salió nadie?

—No.

Aunque le dolía la parte dañada por el golpe —y ya eran tres "caricias" recibidas posiblemente del mismo brazo—. Charly terminó de levantarse. Se tocó el colodrillo y apreció un soberbio bulto. Luego, se acercó al armario y miró en su interior.

—Estas casas viejas están llenas de secretos. Tai. Fíjate; un pasadizo secreto. Quizá haya otros pasajes del mismo estilo en las demás habitaciones o en algunas de ellas.

—Eso resolvería las desapariciones del misterioso visitante del traje blanco y arrugado,

—Justo. Pero nos queda por saber dónde pasaría el tiempo en que permanecía "esfumado".

Enfocó una pequeña linterna hacia el agujero que se abría en la parte posterior del armario e invitó a Tai a iniciar la marcha. Pasaron los dos por allí y se encontraron en un angosto corredor que les obligó a caminar casi de lado. Seguían unos cuantos escalones y una trampa.

Charly la levantó con precaución y atisbó por la rendija. El rayo de luz dejó ver un cuarto vacío, sucio, que distribuía varias aberturas

con la iniciación de otros tantos túneles o galerías. Una escala situada junto a la lumbrera les facilitó el descenso al suelo.

—He aquí la duda —planteó Charly—, de los antiguos caballeros andantes al llegar a una encrucijada. ¿Por dónde ir? Si tuviéramos una brújula sabríamos cómo orientarnos.

No fue el útil instrumento de los marinos sino unos gritos que se escucharon entonces. Los dos hombres se inmovilizaron y tendieron sus orejas tratando de orientarse.

—Es de allí —señaló a un punto el enano.

—Te confunde el eco, enano patizambo, por tener el oído tan pegado a la tierra. Sígueme.

Sin más discusión se lanzó por una de las entradas seguido de Tai. Trotaron a lo largo de unas treinta yardas, doblaron un par de veces y, por fin, hicieron alto frente a un recuadro o panel. Charly tanteó por sus juntas. Con un chasquido se venció hacia dentro y permitió vislumbrar un reducido espacio recubierto de madera, con luz amarillenta en sus rendijas.

—Otro armario —musitó el aventurero.

Puso el pie sobre el piso que crujió levemente y empujó el fondo. Y se desplazaron las hojas del mueble ofreciendo el contenido de una cámara amplia, un gabinete o saloncillo de una "suite".

—¡Buda sangriento!

Producía su exclamación al espectáculo de un hombre caído en un rincón, de espaldas, sobre la alfombra, con la cabeza ladeada, pero en tal forma que parecía desprendida por entero del cuerpo. Y justo cuando dirigían sus miradas hacia su trágicamente contorsionada figura vieron salir por otra puerta, que se cerró bruscamente, lo que un crédulo turista habría tomado por el monstruo del Lago Ness, una colosal masa cilíndrica que azotó el suelo con fuerte golpe.

Charly, aunque recorrió su espalda un escalofrío, corrió hacia allí y abrió con rapidez. Daba a un oscuro pasillo totalmente desierto y silencioso. Regresó al interior de la habitación y se arrodilló junto al caído. Era Cliff Mounger, que había echado con su cicatrizado ojo roto la vista al Más Allá.

Se levantó y sacudió el polvo.

—Se largó por la posta —fue su cementerio—. Debió ver demasiado por ese ojo de lechuza.

—¿Crees que quiso jugar por su cuenta?

—A eso huele. Aunque quizá haya muerto por haberlo yo descubierto en su labor de espionaje.

—¿Y qué podría ser esa cola que hemos visto escurrirse fuera de aquí?

—*Hum*. Si creyera en los dragones diría que era uno de ellos,

aunque de carácter fantasmal. Ni siquiera se percibe el más ligero aroma al azufre que se supone debe oler. Y, además, posee unas características muy singulares.

—Sí; cerrar puertas cuando sale.

Charly se dirigió hacia otra puerta. La abrió y se felicitó por su acierto en elegirla. Porque sobre una monumental cama, cubierta con una colcha azul y bordados en rojo, aparecía la princesa Maitra Vasti. Estaba atada por los pies y con las manos en la espalda. Y amordazada. Por lo demás, los o el que la pusiera así no tuvieron mucho cuidado en ordenar su ropa. La habían sorprendido con un corto camisón transparente y una bata de baño que había quedado abierta.

Por entre los encajes del escote asomaban los firmes, túrgidos senos de oscura, olivácea piel. Y al aire se exponían también las piernas, sólidas, largas, admirablemente torneadas.

Sus grandes ojos estaban inundados de ansiedad y temor, clavados en el punto por donde Charly acababa de entrar. Se agitó y profirió unos roncros murmullos al verlo. Y al acercarse y desprenderle el pañuelo que le tapaba la boca, le escapó con fuerza:

—¡Oh, gracias, gracias! Ya pensaba que nadie me iba a descubrir.

—¿Y su ayudante, ese gigantón picado de viruelas?

—¿Yanko? Se lo han llevado. Luchó con ellos, pero le golpearon en la cabeza y lo arrastraron hacia allí...

Apuntó con la cabeza hacia un rincón. En las paredes existía profusión de espejos. Y muebles dorados, un gran armario de estilo Imperio así como la coqueta y los sillones. Junto a la cabecera del lecho un cordín servía para avisar.

Charly, sin preocuparse de desatar a la danzarina descendiente de algún reyezuelo hindú, fue a donde le había señalado. Uno de los espejos no estaba fijo del todo. Tiró de él y se le reveló un hueco.

—Esta casa fue construida por ratas gigantes —dijo Tai—. ¡Buda en cucullas!

—Vete por ahí. Tai, y comprueba a dónde lleva. No te arriesgues..., por si las ratas. Luego, procura buscar a Pratter.

—¿Y tú a qué piensas dedicarte?

—Arqueología amorosa, enano. ¡Vamos!

Tai se encogió de hombros, gesto que apenas se notó, y se hundió por la nueva tronera. Charly regresó entonces junto a Maitra y se sentó a su lado, sobre la cama. Ella lo contempló con cierto aire de desconcierto en su bello aunque exótico semblante.

—¿No piensas desatarme? —inquirió.

—Sí. Pero antes quiero hacerte algunas preguntas, flor de la jungla. La primera es: ¿sabes que en esa habitación de al lado se halla

el cadáver de Cliff Mounger, a quien al parecer le ha atacado el mismo monstruo que a ese desgraciado del jardín, o sea, que le han destrozado el cuello como si se le hubieran cogido con un torno?

—¡Oh no, es horrible! Oí sus gritos, pero supuse que...

—¿Qué supusiste?

—Pues que ellos lo habían atacado también.

Charly estuvo un rato rumiando mentalmente.

—¿Quiénes son ellos?

—Los mismos de siempre. ¡Oh, por favor, desátame!

—Claro; los mismos de siempre... Así que los conoces.

—Por supuesto. Son restos de un viejo pueblo de la América Central y están emperados en que yo, de algún modo, estoy ligada a su pasado.

—Ajá. ¿Y el hombre que asesinaron anoche pertenecía al grupo de los atacantes?

—Sí. ¿Qué sabes tú de eso?

—Nada. Y me gustaría saberlo.

Notó como una reconcentración en la naturaleza de la mujer. Y la examinó con intensidad, devorándola visualmente.

—Déjame libre —pidió Maitra con un acento hondo, pastoso.

—Ahora.

Le quitó la ligadura de los tobillos. Y al hacerlo se fijó en la admirable curvatura de las piernas, aquella fortaleza sabiamente moldeada. Con delectación se las acarició.

—Por favor ¿qué haces?

—Tocarte. Dificulto que existan unas piernas tan exquisitamente trabajadas como estas, Maitra.

Ella lo miró con asombró, casi con indignación.

—No puedo creer que en estas circunstancias sea eso lo que... Con Mounger muerto ahí al lado...

—Mounger no estorba, diosa. ¿Y por qué ahora es mal momento? Cuando se tiene hambre no se mira el plato que contiene el alimento.

Y no lo desperdició.

En el transcurso de aquella celebración, Charly apoyó en un momento su cara contra el hombro izquierdo de la bailarina. Y distinguió el curioso tatuaje que lucía allí. Una serpiente con alas, retorcida sobre sí misma, realizado en rojo, azul y amarillo. No muy grande, como una moneda de a dólar.

Aquello le hizo recordar algo. Y cuando el fuego se redujo a un agradable rescoldo y el frenético bombeo pasó a ser un sosegado jadear, planteó bruscamente:

—¿Ese tatuaje de tu hombro, diosa, es la "Serpiente con Alas de

Fuego"?

Maitra, que apenas denotaba en su respiración que hubiera realizado tan considerable ejercicio, le miro largamente por entre las pestañas, como un tigre al acecho entre los juncos.

—Si. Eso es, Charly.

—¿Y si me cuentas ahora toda la verdad? Es el momento ideal.

Y así fue como pudo enterarse de la mayor parte de la historia aquella de la singular pieza artística, la joya que Miem-Mam deseaba tan ardientemente.

Hacía tiempo, unos seis meses atrás, que un individuo, el mismo que luego fue asesinado, visitó a la bailarina, quien entonces se alojaba en otra mansión de aquel barrio residencial, la casa de un senador por recomendación de Walter Pratter, que había sido amigo de su padre.

—Me habló de que él y unos cientos de compatriotas formaban una especie de sociedad que tenía por objeto reconstruir en la actualidad el grupo étnico, social y cultural primitivo de que descendían y que era un pueblo que instauró una civilización extraordinariamente avanzada, allá por el sur de Méjico, pero que solo duró un par de siglos, quedando extinguido o casi extinguido por la invasión de otros grupos más belicosos. Y esa reconstrucción deseaban hacerla en un valle de este Estado, pues pensaban que aquí tendrían la libertad necesaria e incluso las ayudas para conseguirlo.

Pero necesitaban esas ayudas. Idearon entonces un procedimiento para conseguir las. Seleccionaron a personas influyentes, políticos y financieros, y les propusieron convertirlos en socios protectores. A cambio de su protección inicial y de defenderlos de cualquier pretensión de impedirles organizar su comunidad, participarían en el reparto de un fabuloso tesoro.

—¿Un tesoro?

—Así como suena. Contaban que en un lugar de la selva americana en un cenote o enorme pozo de sacrificios, existían cientos de miles de objetos artísticos, con oro y piedras preciosas. Como prueban enseñaban a...

—¡"La Serpiente con Alas de Fuego"!

—Justo.

—¿Y ese hombre, el asesinado, llevaba esa joya tan pesada consigo?

—Pues..., imagino que tendría que llevarla.

—¿Y qué era lo que deseaban de ti?

—Me designaron como a su sacerdotisa. Decían que yo era de su misma raza y no es verdad.

—Sin embargo, tus rasgos...

—Mi padre era un oficial inglés, destinado en la India, y se casó con una doncella descendiente de un marajá. Allí fue donde se conocieron Pratter y él. Pero es cierto que ese individuo venía a entrevistarse conmigo.

—Sus famosas desapariciones.

—¿Qué?

—No, nada. Y tú eras la encargada de ponerte luego en comunicación con el dueño, quien a su vez convocaba a sus amigos.

—Sí, eso es. Pero últimamente ese hombre, el asesinado, debió comenzar a actuar por su cuenta. Me refiero a que se puso en contacto con otras personas y quiso ofrecerles la joya y, también, documentos acerca de la sociedad..., comprometedores para los que habían accedido a proteger a su grupo. Sus compañeros debieron enterarse y, por ello, lo mataron.

—¿Y Mounger qué pito tocaba en ese concierto? No creo que lo hayan matado por feo.

—Mounger, por lo que yo sé, debió ser quien insinuó a ese sujeto la idea de operar con independencia de los demás. Él se había enterado de todo, porque espiaba a Pratter..., y a mí. Lo peor es que también han creído que yo estaba ligada con los dos.

—Ya. Todo encaja.

Salvo un pequeño, ligero detalle: el sustituto del chantajista, el hombre que había tomado su papel y que estuvo en aquella misma casa solo unas horas antes. Naturalmente, él no tuvo ocasión de revelárselo a Pratter en la conversación que sostuvo con el armador. ¿Sería cierto que Maitra no estaba enterada de aquello?

—Charly —Maitra se sentó en la cama. Hubo un repique inaudible de sus estupendas campanas pectorales. Sus negros iris despedían una luz verdosa, violentamente sensual—, ¿quién eres tú? ¿A quién representas? ¿No serás uno de ellos?

Charly meditó brevemente la respuesta. Se tiró del lecho irguiéndose frente a la hermosa bailarina, que en la postura que había quedado, ligeramente torcida sobre un costado, exhibiendo la magnificencia rotunda de su cuerpo, figuraba, no un elemento pasivo, sino una tremenda fuerza en reposo.

—No, diosa. Mi papel en todo este asunto es puramente personal. Me interesa esa joya..., y a un socio mío mucho más. Y no hago este trabajo por mi gusto.

Tras una pausa en que se relamió los delgados, picudos labios, añadió:

—Aunque reconozco que tiene sus compensaciones. Pero yo solo actúo como arqueólogo aficionado. No tengo interés alguno en ese conflicto y menos en las personas que intervienen.

—Pues..., no lo parecía hace unos minutos, Charly.

—Esa es otra cuestión.

No le quiso aclarar que, en realidad, desde su especial óptica él estaba más cerca del chantajista que de a quienes representaba. Tampoco le explicó que tenía sus grandes dudas acerca de cuanto ella le había contado. Le quedaba una pregunta por hacer. Y mientras se arreglaba la ropa la puso en el aire.

—Diosa, creo que tú tenías o tienes aún una cesta con serpientes cascabel. Al menos, anoche había una en ese cuarto de al lado..., justo donde Mounger ha quedado desarticulado. ¿Qué ha pasado con ella..., y con su contenido?

—¡Oh eso! Me servían para ensayar una danza. Pero comprobé que eran muy peligrosas y esta mañana dispuse que se las llevaran a una tienda de animales.

—En efecto; son muy peligrosas. Y también otra clase de serpientes, grandes como las anacondas de los ríos y que se dedican a enroscarse en el cuello de ciertos ciudadanos. Bien; conviene que te vistas, diosa, pues no tardará en venir la policía y pisotear todo esto con sus gruesas suelas de goma.

—¿Qué es lo que piensas hacer tú?

—Voy a seguir buscando a esa joya. Si no lo hago, a mi socio le dará un ataque de hígado y parecerá mucho más chino de lo que es.

—Pero los compañeros de ese hombre, del que asesinaron anoche, te buscarán, te...

—Ya los conozco, diosa; no te preocupes. Y si puedo, trataré de impedir que te molesten. No me gustaría que una pieza tan apetitosa me la convirtieran en uno de esos patos que cuelgan en las tiendas de Chinatown.

La dejó con la expresión de furia y de sobresalto que ya le conocía. Salió del cuarto a la salita. Comprobó que Mounger continuaba en la misma situación, tan muerto como la posibilidad de una paz universal. Justo cuando lo examinaba fríamente apareció el enano Tai y corrió a su lado.

—Charly, Pratter no está en casa. Una doncella me ha dicho que lo vio salir apresuradamente hará cosa de una hora.

—Sí. A raíz de haber hablado con él. Oye, escarabajo pelotero con apariencia humana, ¿no has visto por parte alguna de la casa la cesta con serpientes cascabel que tropezaste anoche?

—No, sauce llorón con venas podridas en lugar de ramas.

—¿Piensas que un objeto del tamaño de un coco de los que bebía Tarzán podría haberse escondido en ese lugar?

—¡Por la reencarnación de Buda en el cuerpo de un viejo asno con mataduras! ¡Ahí tendría que estar!

—Si. Pero ¿y ahora dónde?

Charly frunció los labios con un gesto muy especial.

—Tai, te invito a una copa de buen coñac francés.

El enano lo miró con desconfianza, pero lo siguió fuera de aquel cuarto. Recorrieron varios pasillos hasta desembocar en la antecámara que daba al despacho del armador. Con tranquilidad, Charly se coló allí y fue directamente a la repisa en que descansaba el curioso barrilete que le había llamado la atención en su anterior visita.

—Fíjate, Tai; ¿conoces esos muñecos, los dominguillos o tentetiesos, que por más que los mueves siempre se mantienen de pie? Una cosa así como tú. ¿Y sabes por qué les ocurre eso?

—No me digas que por beber coñac francés.

—No; ese efecto les haría andar de cabeza. Pues porque tienen en la base mayor peso que en su parte superior. Como este barrilillo. ¿Te das cuenta? Y no puede ser por el licor solo, como es lógico, porque se volcaría sin remedio.

Lo sacó de su eje lo estuvo estudiando con atención. Lo forzó como para desenroscarlo y, en efecto, giró la parte inferior.

—¡Se va a derramar el líquido! —protestó Tai.

Pero el aventurero continuó con la maniobra hasta que separó las dos mitades. La de arriba tenía un fondo plano, cerrado y la otra era hueca, pero ocupada por el objeto que buscaban.

Tai lo contempló, fascinado. Aquella era la "Serpiente con Alas de Fuego", del tamaño efectivamente de un meloncillo, todo incrustado de piedras preciosas, rubíes y una esmeralda enorme los ojos, perlas los dientes, y por todo el conjunto ópalos, topacios, diamantes...

—¡Oh Buda impasible aunque le hagan cosquillas en las plantas de los pies! Es algo maravilloso. ¿Y a quién se le podía ocurrir que estuviera ahí?

—A cualquier buen catador de caldos franceses. Confieso que yo nunca habría pensado en este sitio si no fuera porque alguien me aseguró que había visto la joya en este despacho y que nadie la sacó más tarde.

—¿Piensas llevársela a...?

—Tendré que hacerlo, Tai. Por muchos motivos. El primero, porque a mi modo soy honrado en mis compromisos. Y el segundo, porque esto pesa demasiado.

Lo lanzó al aire y lo volvió a recoger. A continuación, se dirigió a la salida, sin preocuparse de más.

CAPÍTULO 10

MIEM-MAM y su adorable hija Sou-Pei examinaron con interés la figura de la extraña serpiente alada, retorcida sobre sí misma. Parecía hipnotizarlos con los rubíes y la esmeralda de los ojos.

—Impresionante —articuló el chino con un suspiro—. Es igual que si se nos materializara un mundo sumergido, una Atlántida de la selva...

—Un par de millones de dólares le calcularía yo —puso su nota antirromántica el aventurero Charly—..., si es oro todo lo que reluce.

—¡Un par de millones! —se revolvió Miem-Mam—. ¡Qué mezquindad! Esta joya tiene un valor incalculable. Fue una gran cosa tu deducción, Charly, de que el único lugar donde podría estar oculta era, justamente, en ese botellón, después de que la tuvieran en el cesto con serpientes. Pero si eso es así, esa mujer, la bailarina, está en peligro, según que lo que te haya contado sea cierto.

—Tan cierto como pueda ser esa leyenda de la Atlántida y de la selva.

—¿Acaso piensas que esta joya sea falsa?

—Claro. Pesa demasiado. Si fuera todo oro, tendría que ser menos. Eso indica que su centro es de plomo y que solo la han revestido de una capa dorada. Por otra parte, la esmeralda tiene una talla que no creo fueran capaces de hacer los toltecas ni los mayas de aquel entonces. *Item* más; esas perlas que luce por dientes. ¿Cuándo ha habido perlas en esas civilizaciones de Méjico y Centroamérica?

Hubo un pesado, desagradable silencio. Sou-Pei lo rompió con una risita.

—Es cierto, padre. Teníamos tanto deseo de ver a esta joya que no caímos en esos detalles. Más ¿por qué?

—La explicación es sencilla —remachó Charly—. Quizá exista la verdadera "Serpiente con Alas de Fuego", pero su origen no está en esas civilizaciones, sino en Oriente, en la India o Ceylán. Y fue esa Maitra Vasti quien la introdujo aquí..., en su cesta con serpientes que entonces eran cobras y no crótalos. Pero no iban a dejarla correr por ahí, de una mano a otra, ni siquiera tan bien defendida. Hicieron una copia y le colocaron el incentivo de algunas piedras preciosas auténticas.

Hubo otro momento de suspensión verbal. Miem-Mam movió la cabeza con aturdimiento.

—Eso tiene lógica, Charly. Pero entonces, ¿qué significa lo del hombre asesinado y la reaparición de un sustituto?

—Tengo una sospecha. Pero ha de confirmarse. Te adelantaré que mi idea es que esos "cabezas de huevo" han sido timados groseramente y es muy posible que continúen haciéndolo.

—Eso ya lo sabíamos. El hombre asesinado, y quien sea que lo suplanta, los engañaba.

—No me refiero a ese engaño. Sino a otro más refinado. O mucho me equivoco, o ellos ni siquiera estaban enterados de esa maquinación de los tatuajes, el convenio y las ofertas de tesoros.

—¡Pero ese hombre existía!

—Sí, claro.

—Y también es cierto que regresó aparentemente, lo que indica que alguien ha querido continuar con su juego. ¿Y quiénes podían ser si no...?

—Todo puede ser un bonito truco de ilusionismo. Oye, Miem-Mam; lo único que necesito es conocer dónde se reúnen esos "cabezas de huevo". Estoy seguro de que debe ser algún local donde puedan celebrar cierto tipo de ceremonias, indispensables para que estén convencidos de que ha vuelto para ellos la Era Dorada. Tendré que cazar a alguno y...

—Puedes ahorrarte ese trabajo. Ese dato te lo podemos facilitar nosotros. Ven; acompáñanos.

Charly se estremeció. La verdad era que, pese a su salvaje naturaleza y su desprecio por las convenciones de todo tipo, el chino le inspiraba un oscuro temor. Era un mundo el suyo que no acababa nunca de penetrar y que reservaba sorpresas extraordinarias.

Por ejemplo, la de habitaciones de que se componía aquella casa. Siempre lo introducían en una nueva, decorada de forma diferente y que era como un planeta desconocido, con extraños aparatos o muestras de culturas extinguidas o por aparecer. Esta en la que ahora le introdujeron poseía, sin embargo, un carácter decididamente chino.

Una cámara de tortura. Aquel era el "Hobby" de Charly, solo que como mero coleccionista, para estarse recordando de continuo el verdadero impulso que mueve a los seres humanos y a sus agrupaciones, como si fueran cilicios mentales que le impedirían considerar cómoda y agradable la existencia.

Pero con lo que se enfrentaron sus ojos era un verdadero lugar de tormento, del más refinado tormento asiático. No había ni ruedas ni potros o los clásicos borcuéguis. Y tampoco látigos o pinchos. Incluso el cuarto producía una sensación de confortabilidad, con sus paredes

acorchadas y recubiertas luego de grueso terciopelo.

Pero el infeliz "cabeza de huevo" sujeto por una cadena en un rincón se enfrentaba a un peligro mucho mayor. Habían arrastrado hasta dejarla frente a él una jaula dentro de la que se agitaba, gruñía y babeaba lo que sin duda era un perro, pero un perro rabioso, con los ojos inyectados de sangre, el pelo del lomo erizado, todo el aspecto de una locura incontrolable.

Cuando dos de los empleados de Miem-Mam hicieron el ademán de ir a levantar la puerta del encierro, el prisionero comenzó a gritar y a tirar de su ligadura, buscando la forma de retirarse o de ampararse en algo que le liberara de aquel demonio.

—...¡En la parte de atrás de la taberna de *Sagrario Molón*..., en la plaza del Delfín..., el local se llama *Iguana Azul*...!

El pobre lo repitió varias veces, descompuesto, orinándose y algo más sin apartar sus ojos desvariados del furioso can. Pero no supo decir nada más y estaba claro que, de haberlo conocido, lo soltaría también.

De regreso en el salón principal, Miem-Mam, sin perder su sonrisa, comentó:

—El hombre o la mujer pueden resistir los dolores más terribles, pero el pensamiento no aguanta la visión de lo irracional capaz de hacerlo su víctima. Porque la furia desatada arrastra consigo también el propio miedo.

—¿Y siempre tienes un animalito así dispuesto?

—¡Oh no! No está realmente rabioso, sino que se le inyecta un compuesto que lo trastorna por un tiempo. Otras veces es un papión o un burro.

—¿Un burro?

—Un burro enloquecido es la imagen más perfecta del Terror, Charly..., fuera, naturalmente, del hombre.

—Está bien. Iré a ese local de Golphin Square. Y puede que necesite ayuda.

—Te la proporcionaremos.

No hubo más comentarios. Y se disolvió la reunión. Sou-Pei condujo a Charly al famoso cuarto decorado en azul, donde el aventurero la sometió el día anterior a un brutal ataque amoroso.

—Charly, me intriga una cosa.

—Sí se trata de lo que yo pienso, solo existe una forma de aclarártelo.

Ella se sonrojó y sus grandes ojos chispearon con un brillo especial. Pero en seguida se tranquilizó y se echó a reír.

—Eres terrible, Charly. En cierto modo, se trata de algo referente a eso. Según lo que tú has contado, te apresuraste a soltarla y, luego,

ella te proporcionó esa información acerca de la joya. Pero Tai dice algo muy distinto. Parece ser que...

Charly la contempló ceñudamente.

—¡Ese maldito traidor! —rezongó—. ¿Qué hay con ello? Era un dulce que me estaban ofreciendo.

—¿Tú crees? ¿No sería más bien que te aprovecharas de la situación de inferioridad de esa mujer y...?

—¿Inferioridad?

Ahora el que se echó a reír fue el aventurero.

—Escucha; no seas ingenua. Ella esperaba que ocurriera eso tan fijo como que no se crían cerdos para que arrastren calesas de hadas..., según Confucio.

—¿Quieres decir que la "mise en scene" estaba preparada?

—Por supuesto. La princesa estaba atada como esas estampas que presentan a la hermosa Andrómeda sujeta a la roca. Tenía, además, un cordón a un palmo de su cabeza. A poco que se lo hubiera propuesto no hubiera tenido dificultad en hacerlo funcionar con la boca.

—¿Y por qué iba a esperarte..., de esa forma?

En sus suaves, tersas mejillas se formaban dos hoyuelos que eran otras tantas trampas eróticas. Y sus gruesos labios se curvaban con una sonrisa entre temerosa y perversa. Súbitamente Charly la enlazó por el talle y la atrajo contra su tórax. La besó con furia, cruelmente, procurando hacerle daño. Y la estrujó entre sus poderosos brazos como si fuera a extraer un zumo de ella.

CAPÍTULO 11

LA casa que buscaban se encontraba en un ensanche perteneciente a una estrecha calleja que nacía a espaldas de Columbus, dentro del barrio Latino. La plaza del Delfín no era sino aquel entrante entre dos edificios de pesado estilo Victoriano y que se cerraba con otro caserón de la misma época, pero más bajo y en cuyo piso inferior se ofrecía la fachada de una taberna, con una muestra en la que destacaba el bicho que le daba nombre. Un solo farol adosado a una esquina proporcionaba una escasa luz al conjunto.

—Ese es el tugurio de *Sagrario Molón* —señaló Charly—, según el "cabeza de huevo" que pescó Miem-Mam ahí celebran sus reuniones.

—¡Buda adormecido por el olor de sus pies de caminante! ¿Cómo vamos a entrar ahí? Nos descubrirán en seguida.

—No. Por la parte de atrás corre otra calleja a la que da un patio de la taberna. Allí almacenan barriles, un carro y otros objetos. Y se puede pasar a las cocinas. Además, corretean cientos de ratas grandes como conejos. Tú pasarás inadvertido.

Tai le dirigió una patada, pero no le alcanzó y estuvo a punto de caer en bruces. Regañando, fueron a rodear la manzana y asaltar el baluarte por su parte posterior. No tuvieron dificultad en escalar el valle. Como había dicho Charly las ratas se paseaban con absoluta impunidad por el maloliente espacio lleno de barriles, cajones, un viejo carromato roto, y sacos y montones de restos de otros objetos.

Se colaron por una cueva provista de carbón y de leña y pasearon a una nave espaciosa, con una larga mesa en su centro y sillas alrededor. Charly, a la luz de su linterna, la examinó con atención.

—No, aquí no puede ser. Sigamos recorriendo estas habitaciones.

La siguiente era doble de grande y con otra disposición, casi como la sala de un pequeño teatro. En primer lugar, en un extremo, bajo una amplia ventana cegada con una cortina de color carmesí, un horrible mascarón los contemplaba desde su centro. Tres ojos, tres lenguas, tres cuernos y un cuerpo de serpiente..., con alas y garras.

—Ahí la tienes, la Serpiente con Alas de Fuego.

—¡Pesadilla de Buda transformado en mosca de estercolero! ¿Por qué tanto cuerno?

Por debajo del telón de fondo, una tarima y sobre ésta un altar

cubierto con un manto blanco en el que aparecían cabezas de mono aullador, de jaguar y de serpiente. En los lados de aquel escenario unos focos y, también, unos candelabros con velas a medio consumir.

Las otras paredes se recubrían de altos toneles, de cuyas partes superiores colgaban cortinas blancas y rojas adornadas con los motivos del mantel. Y filas de bancos en el espacio central hasta llenarlo por completo.

—Mi idea es que nos ocultemos en una de esas cubas.

—¿Quieres decir dentro?

—Te sale humo de la cabeza, enano. Si te fijas en su estructura verás que se achican por abajo y por arriba y dejan unos huecos contra la pared. Nos subiremos a lo alto y nos agazaparemos en las dos últimas, las que hacen rincón.

—Ya. Para mi sobra sitio, pero tú tendrás que doblarte como la navaja oxidada que representas.

—Vamos; no perdamos tiempo. No creo que tarden en presentarse.

—¿Qué esperas que suceda?

—O todos los signos que hasta ahora se nos han presentado eran falsos, o esta noche vamos a asistir a una ceremonia memorable. Pasto para estómagos de rumiantes humanos que sirven de cabezones y gigantes en una fiesta organizada para burlarse de ellos..., y sacar cuartos a los mirones.

Sin más palabras realizaron la operación de encaramarse a los puestos que había señalado Charly. No se había equivocado; permitían estar allí, sin dejarse ver, aunque bastante incómodamente. Al menos para él, pues Tai incluso podía bailar en su escondrijo.

Transcurrió una hora. Y al filo de la medianoche, se oyeron voces y sonidos de arrastrar de pies. Los escondidos espectadores pudieron ver a un grupo de hombres y mujeres que entraban por uno de los lados. Por otro lo hizo un segundo grupo. En total, unas cien personas que llenaron la sala.

Varios de los llegados se ocuparon en encender los candelabros y apagaron las otras luces. Se creó de inmediato una atmósfera tétrica, irreal, resaltando la figura monstruosa del fondo. Charly se situó de forma que pudiera presenciar el espectáculo sin que lo descubrieran. Se fijó en que en las últimas filas se aposentaban individuos que no pertenecían al grupo de los "cabezas de huevos".

Estos se habían sentado en los bancos y permanecían rígidos, como estatuas de terracota, sin intercambiar palabras; sólo denotaba que eran seres vivos alguna tos o carraspera.

Dos de los servidores del improvisado templo llevaron junto al altar a una escultura de tamaño de una caja de zapatos. Aquella era la

joya que reproducía a la "Serpiente con Alas de Fuego". Charly notó que las piedras preciosas que se incrustaban en su superficie tenían un brillo distinto a las de la pieza que él tomó del despacho de Pratter.

Aquello no dejaba de ser una contradicción, porque lo lógico sería que la oculta fuera la verdadera y la que se utilizara en las ceremonias la falsa.

No tardaron en hacer su aparición la Sacerdotisa y el "chachalmeca" con sus extravagantes, pero terroríficos, atuendos y caracterizaciones. Y se inició el baile y el discurso. Luego, sobrevino el alucinante fenómeno de que la serpiente del cortinaje del fondo se moviera.

Los "malditos" arrojaron incienso y el ambiente se fue caldeando poniéndose en situación para lo que iba a seguir. El inicio de la gran ceremonia se produjo con la entrada de una mujer rubia, hermosa, cubierta con una túnica blanca, corta, bajo la que se adivinaba tan limpia y pura como cuando vino al mundo. Caminaba como si estuviera drogada o hipnotizada.

—¡Susan! —musitó Charly—. La víctima ideal para calmar el ansia de revancha del pueblo extinguido.

Los oficiantes la condujeron al altar y la mantuvieron allí sujeta, sosteniéndola para que no se cayera. Unos instantes más de tensión y se presentó una figura singular, un gigantón ataviado con arreos parecidos a los de los sacerdotes. Era Yanko, el coloso picado de viruelas. En los reunidos se alzó entonces un murmullo fuerte y los torsos se pusieron a balancearse.

Lo que siguió pertenecía más bien al reino de las pesadillas. La Sacerdotisa se lanzó a bailar. Trajeron unas cestas y pronto se alzaron de su interior varias serpientes. El ritmo de la danza, giros y grandes pasos, lo marcaban unos tambores de los que acompañaban las sesiones de vudú.

Perceptiblemente fue ganando en rapidez. Y la espléndida mujer cruzó toda la nave, pasando por entre los mudos, sobrecogidos "cabezas de huevo", aunque revelaban en sus expresiones irse comunicando de alguna energía diabólica. Incluso a Charly le llegó el jadeo de Tai sometido al vértigo aquel.

Su magnífica escultura, abillantada por el sudor del ejercicio, creaba un magnetismo sensual, acre, capaz de enloquecerá fríos financieros como un "show" de las subidas y bajadas de la Bolsa.

Bruscamente, con un grito que parecía arrancado de la garganta de alguna fiera, se detuvo. Y corrió hacia el altar, parándose allí. El chamán, revestido de sus atributos, volvió a discursar. Y esta vez lo hizo en idioma corriente, para que lo entendieran todos. Pues estaba claro que lo que farfulló al principio era solo para escasos iniciados. Aquellos infelices malamente sabrían los rudimentos del español y el

inglés elemental para ir, cuando podían, al mercado.

La pieza oratoria era un conglomerado de alusiones a divinidades e invocaciones a la grandeza del imperio de la Serpiente, civilización que floreció en el sur de Méjico poco antes de que aparecieran los aztecas y se quedaran con todos los dioses y diosas. Pero, además, contenía otra carga emotiva y era el señalar a la joven rubia, tendida sobre la mesa del sacrificio, como a alguien que los había traicionado.

Con un salto de gato Tai se trasladó junto a su amigo de aventuras.

—Charly —introdujo su afilada voz en el oído del otro—, no me gusta esto.

—¡Maldito enano! ¡Suponte que te han visto!

—Ni aunque entrara un elefante en la sala se darían cuenta de nada. ¡Guiso predilecto de Buda a base de recortes de uñas de sus manos y pies!

La ceremonia se completó inmediatamente con varias acciones inauditas. La primera, consistió en un castigo que aplicó el Sacerdote, con unas ramas de fresno, sobre la figura tendida.

Tai se removi6, intranquilo.

—Charly, deberíamos... Es preciso que cortemos esto. ¡Buda ciego y mudo!

—Calma, enano. Esto es un espectáculo que afila los dientes.

Tai lo contempló con estupor, pero estaba claro que el aventurero gozaba con la escena.

A continuación de la flagelación, el tercer personaje en discordia se puso en acción. Con parsimonia, recreándose en sus movimientos, el gigante quedó como un bloque de granito esculpido por un Miguel Angel de la Isla de Pascua.

—¿Qué imaginas que pueda pasar ahora? —interrogó Tai a su compañero.

—No sé...

Previamente los dos destinados para ello fueron marcados en sus hombros izquierdos con los tatuajes de la Serpiente. Más melopeas, incienso y palabras rituales.

Por fin, Yanko se aproximó a la palpitante, hermosa criatura. El "chalchalmeca" elevó los brazos al techo y la danzarina se precipitó en un furioso contoneo al compás de los tambores.

—¡Charly, Charly, hemos de impedirlo!

—Claro, enano. Espera unos segundos...

En ese tiempo el cíclope corroído alargó sus manazas hacía la yacente figura. Un lastimero gemido brotó de los labios de Susan. Se agitó con más fuerza, pero sin poder escapar. El Sacerdote realizó entonces otro movimiento: extrajo de su cintura un afilado cuchillo de

obsidiana y lo alzó por encima de su cuerpo.

—¡Ahora! —gritó Charly.

Y de un brinco poderoso cayó al suelo de la nave, al lado de los invitados especiales, los pudientes ciudadanos de Frisco. Deslizó de su funda axilar su Magnum, lo apuntó e hizo fuego en el tiempo que salta una pulga.

La negra y brillante hoja escapó de entre los dedos del grotesco embetunado. Cesaron los murmullos y se estableció una paralización general, tal que si se hubiese detenido la película de aquel acto.

—¡Que no se mueva nadie! —gritó el aventurero adelantándose hacia el fondo, donde se levantaba la tarima y la mesa de los sacrificios.

Yanko lentamente se volvió hacia él. Fue la danzarina, ignominiosamente inmóvil, como un reptil atravesado por un tridente, la que primero reaccionó.

—¡Atácale, Yanko! —ordenó—. Y Charly la conoció por la voz, aunque mucho antes daba por seguro que era la supuesta princesa Maitra Vasti.

El Goliat de cráneo piramidal avanzó hacia Charly. Este sonrió con una fruición especial y apretó el gatillo destrozándole una rodilla. La mole humana cayó a tierra, pese a lo cual quiso continuar su ciega y despiadada marcha. Otro disparo y la otra pierna quedó rota, inservible.

El aventurero corrió entonces a su lado y le hundió la puntera de su zapato derecho en el cuello. Varios golpes más y lo convirtió en un despojo de matadero.

—¡Esto, hijo de morsa leprosa y de un lobo con gusanos en los testículos, es por lo que le hiciste con esa serpiente de plástico a Mounger y al otro y por los golpes que me diste en la cabeza!

Terminó con los atroces aullidos de su víctima con otra patada feroz a la sien. Y dedicó su atención entonces a los restantes personajes. Maitra quiso escapar y emprendió una carrera hacia un rincón, por donde había salido antes.

También su acompañante, el Gran Sacerdote, fue en su seguimiento.

Pero un par de disparos de aviso los detuvieron. En aquel instante se produjo un hecho aún más espectacular y consistió en que del interior de uno de los grandes barriles, uno de cuyos lados se desprendió revelando que había sido cortado hábilmente, salieron hasta seis chinos que empuñaban otras tantas pistolas.

Y, por último, hizo su entrada en escena, también proveniente de un tonel, el propio Miem-Mam, acompañado de su hija Sou-Pei. La presencia de aquella tropa bien armada determinó el final definitivo

de la farsa.

—¡Vaya! —se asombró Charly—. Del espíritu del vino pueden esperarse muchas cosas, pero excede todo lo imaginado la materialización de casi una docena de chinos.

—Debo confesar que ha sido una inútil precaución —reconoció Miem-Mam—. Tú te manejas perfectamente solo..., y expeditivamente.

Charly dirigió una ojeada indiferente al derruido Yanko, que de su soberbia fortaleza se había reducido a una piltrafa sanguinolenta.

—Aunque pareciera un hombre, era un "robot" con músculos y huesos, un "zombi" manejado por esa pareja. Por cierto; quiero presentarte a un célebre miembro de la comunidad de Frisco, uno de sus pilares, promotor de grandes obras sociales.

Se aproximó con un par de zancadas al Chamán. Y de un tirón le arrancó la piel del rostro; por supuesto, una falsa piel, una careta de fina goma negra con los violentos trazos blancos. Y quedó al descubierto la rubicunda faz del armador Walter Pratter.

—¡Buda vuelto del revés por un bostezo de aburrimiento! Si es el armador —puso sonido a su sorpresa Tai.

Una exclamación unánime, explicativa de muchas cosas, brotó de las gargantas de los sobrecogidos "cabezas de huevo". Y uno de los otros ilustres miembros de la alta sociedad de la bella ciudad de California.

—Así es —confirmó Charly—. Padre..., o mejor dicho, padrastro de esa dulce y rica criatura que aparece sobre esa mesa, como si acabase de nacer de un batido de clara de huevo, igual que Afrodita.

—Afrodita surgió de la espuma del mar —rectificó Sou-Pei.

—Sí; pero en este sitio no llegan las olas. Y ella es, naturalmente, Maitra Vasti, tan princesa india como yo arzobispo consagrado de Sión. Seguro que practicó durante muchos años en algún burdel de Calcuta o de Bombay hasta que la encontró Pratter.

—¡Cerdo! —escupió la bailarina.

Fueron detenidos todos. Susan, que de verdad había sido drogada para aquella ceremonia, fue conducida a una clínica donde en seguida se la trató. Y los otros pasaron a los calabozos. Cuando terminó aquel trasiego, Tai preguntó a su viejo amigo Charly con incredulidad:

—¿Tú sabías que era el armador quien estaba detrás de todo?

—Naturalmente, enano. El crimen —recuerda esto bien y te lucirá el pelo—, es siempre producto de la riqueza, lo mismo que los gusanos nacen del queso fermentado.

CAPÍTULO 12

ESTABAN reunidos en el salón principal de la casa de Miem-Mam. Este sostenía entre sus manos y acariciaba amorosamente a la obra de orfebrería conocida por "La Serpiente con Alas de Fuego". Y escuchaba las explicaciones de Charleston "Dumpy" Ravenscraft, su socio y agente en aquel negocio de la recuperación de joyas y piezas de arqueología.

—¿Cómo supiste que eran ese Pratter y la bailarina Maitra Vasti los autores de ese chantaje?

—En primer lugar, porque a ninguna comunidad de hombres como esos "cabezas de huevo" se le habría podido ocurrir semejante complicado procedimiento. Son campesinos, medio analfabetos, ajenos por entero a esas leyendas de su pasado Imperio y demás zarandajas. Pero eran necesarios para que funcionara el montaje de las ceremonias con sacrificios humanos..., aunque también era truco, pues Pratter no clavaba el cuchillo, sino que efectuaba un juego de ilusionismo. Y algo por el estilo era lo del ídolo pintado en el cortinaje del fondo. Con un proyector manejado desde el patio posterior se conseguía ese impresionante movimiento.

—Ya. Pero, sin embargo, el individuo que entró en tratos con Susan era uno de esos "cabezas de huevo".

—Si. Y lo pagó caro. Fue Mounger, dedicado dentro de la casa del armador a una labor de espionaje para hacer chantaje a su vez, quien se lo propuso. Pratter se enteró al hablarle su hijastra y lo discutió con su compinche Maitra. Encomendaron entonces a Yanko que lo eliminara, pero de forma que todo apareciera como un crimen organizado por una secta de fanáticos. Yanko utilizó un grueso cordón, semejante por completo a una enorme boa, y con su formidable fuerza lo estranguló en la forma que sabemos. Al día siguiente repitió la operación con Mounger que cometió la estupidez de ir a presionar a Maitra y ésta le echó a su gorila y preparó la recepción para mí.

—Pero ¿por qué robaron el cadáver y pusieron a un sustituto?

—Veamos: Maitra Vasti llegó hace cosa de medio año a San Francisco. Buscó a su antiguo socio y cliente de donde ella trabajara, parece que ha dicho que bailaba en un cafetín, y le presentó esa joya. Es seguro que fuera robada. Naturalmente podían haberle dado salida,

pero en tales condiciones perdería la mayor parte de su valor. Pratter tuvo una idea genial. Había entrado en contacto en algunas de sus correrías nocturnas con ese grupo de "cabezas de huevo" y más o menos recogería su historia acerca de un pasado glorioso, el culto a una serpiente, etc. Eso ya tendría que habernos dado la pista, puesto que la serpiente representada en la joya es una "cobra" y no un crótalo de los que existen en este país.

—Sí; eso es verdad,

—Organizaron un culto y realizaron unas cuantas sesiones. Maitra lució sus condiciones de bailarina, aunque más propiamente lo que lució fue su espléndida anatomía..., que yo identifiqué, por cierto, nada más verla allí.

—Tenías motivos para ello —disparó su dardo la hija de Miem-Mam.

—*Eeeh*, bueno. El caso es que invitaron a unos cuantos peces gordos de la colonia de Russian Hill a esos espectáculos. Con el impresionante acto final de los jóvenes inmolados en el momento de hacer el amor. Y tomaron fotografías que demostraban la presencia de los "honrados barrigones". Luego, les hablaron del tesoro y todo eso. Pero no ellos directamente, porque hubieran provocado una reacción quizá demasiado violenta. Fue el chantajista, como si hablara en nombre del grupo, quien se dedicó a visitarlos, a exhibirles los documentos comprometedores y a largarles el cuento. Naturalmente, para evitar el verse envueltos en el escándalo y también por codicia se suscribieron y abonaron grandes sumas. De ahí que al verse Pratter y Maitra precisados a eliminar a su hombre, tuvieran que inventar otro rápidamente. Además, aquello reforzaba la amenaza sobre los incautos, porque introducía un elemento casi sobrenatural, ya que todos, presentes en la fiesta de cumpleaños de Susan, pudieron ver el cadáver de su opresor y se imaginaron que habían quedado liberados..., hasta que apareció supuestamente el mismo, en una versión de ultratumba.

Hizo una pausa y agregó una reflexión que ninguno le agradeció:

—Toda una demostración de esa clase corrompida y sucia de la alta sociedad. Nunca hubieran podido esos infelices, que tomaron como carnaza para sus anzuelos, urdir una trama semejante. Ese no se le ocurre más que a los poderosos, a los que cuentan con medios, además, para llevar a cabo sus proyectos. Y que no dudan en sacrificar a sus propios hijos, echarlos a las bestias inmundas, antes que renunciar a sus privilegios y a su riqueza.

Miem-Mam se levantó, dando por terminada la entrevista.

—Gracias por tu trabajo, Charly. Naturalmente tendrás tu parte, aunque esta joya la conservaré en depósito en mi Museo..., hasta comprobar si alguien la reclama. Y recuerda que yo también

pertenezco a esa clase corrompida y sucia. Pero nunca he puesto mis medios al servicio de una mala causa.

Miró a su hija Sou-Pei con una sonrisa.

—Y ella es mi hija..., y no pienso echarla a las fauces de ningún lobo hambriento.

—Eso está bien. Donde mayor cantidad de estiércol se acumula brotan las más hermosas flores.

Era una observación brutal. Y Miem-Mam palideció y estuvo a punto de perder su calma. Aquel maldito tenía la virtud de conmoverlo hasta la última neurona. Pero se dominó.

—Merezco eso, Charly. Quizá yo no deba juzgarte. Y, después de todo ¿por qué las rosas no van a tener juicio? —terminó citando a su poeta favorito, Lin-Po.

Salió del salón. Tai trotó tras él. Desde la puerta se volvió y guiñó un ojo.

—¡Buda finge que duerme, pero sueña despierto! —se despidió.

Sou había quedado rezagada. Y se pegó al aventurero, tirando de él con sus poderosos imanes naturales.

—Charly, si quisieras convencerte de que no todo el mundo es enemigo tuyo —exclamó con su pastoso acento—. Yo no lo soy, por lo menos.

El la contempló con sus negros iris, carbuncosos. Era una mirada agresiva, rabiosa, como la de un auténtico lobo.

—Lo que ha dicho tu padre es verdad, maldita sea. Yo soy una fiera carnicera. ¿Por qué quieres estar conmigo, Halo Sombrío?

Sou estuvo un rato escrutándolo, queriendo adivinar su pensamiento.

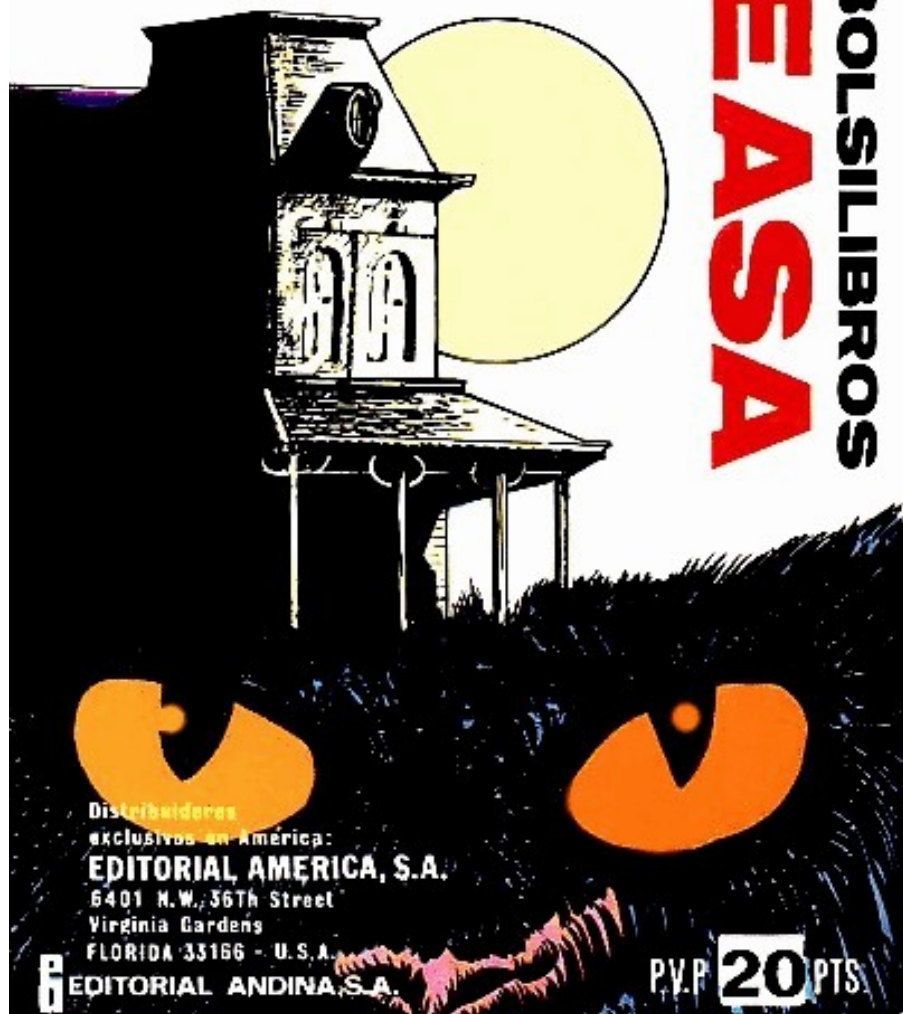
—Charly, el lobo se come al cordero y el cordero jamás se come al lobo. El primero puede ser bueno, si se le trata bien, pero el cordero jamás deja de ser tonto. Y yo prefiero intentar que seas bueno.

FIN

TERROR

Una nueva
colección
avalada por el
sello de
prestigio

BOLSILIBROS
EASA



Distribuidoras

exclusivas en América:

EDITORIAL AMÉRICA, S.A.

6401 N.W. 36th Street

Virginia Gardens

FLORIDA 33166 - U.S.A.



EDITORIAL ANDINA S.A.

P.V.P.

20 PTS.